

E

E

BCC

INA

E

3

D-2

342



B.P. de Soria



61116591
D-1 2143



ESTABLISHED 1850

San Francisco

THE UNIVERSITY

OF CALIFORNIA

Library

San Francisco

D-1
2143
6591



EL FILOSOFO ARRINCONADO

Grayles Franciscos

DE

CATALUÑA,

SU HISTORIA DE VEINTE AÑOS

Ó SEA

Lo que hicieron y padecieron por la Religión, por el Rey y por la Patria, desde el año ocho hasta el veinte y ocho del siglo decimonono.

SU AUTOR

El R. P. Fr. Francisco Aragonés

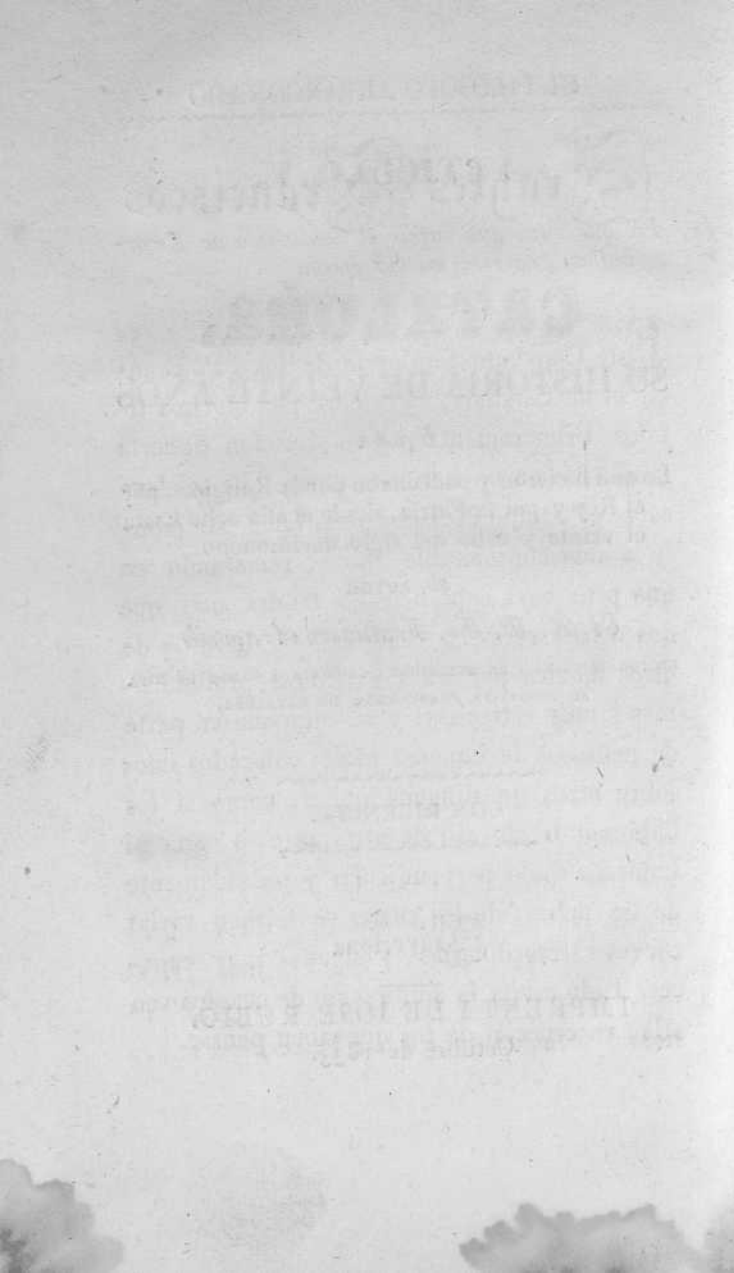
LECTOR JUBILADO, EX DEFINIDOR, CRONISTA Y PADRE DE ESTA
SU PROVINCIA FRANCISCANA DE CATALUÑA.

~~~~~  
CON LICENCIA.  
~~~~~

Barcelona

IMPRESA DE JOSÉ RUBIÓ.

Octubre de 1833.



ARTÍCULO V.

Lo que tuvo que sufrir el Seminario de Escornalbou, en esta misma época.

Este Convento-Seminario de los PP. Franciscos de Cataluña, es celebre por muchos títulos. Primeramente por su situacion desierta y solitaria en un hermoso monte que se eleva sobre el Campo de Tarragona. Sube este monte á una considerable altura, rematando en una peña cuya superficie no tendrá mas que dos ó tres varas en cuadro. Está dividido de otros montes por unas gargantas profundísimas y muy estrechas; y se compone en parte de peñascos de inmensa mole, colocados unos sobre otros sin ninguna union, como si los hubiesen traído allí de otra parte, ò como si hubiesen caído perpendicular y pausadamente de las nubes; de los cuales se forman varias cuevas extraordinarias, y algunas muy capaces. Todo excita la admiracion de cuantos van allà, en especial de los que saben pensar.

No hay duda de que estas maravillas de la naturaleza dan alguna celebridad á aquel Convento. Pero es mucho mas celebre todavia por su observancia regular, por un silencio exacto muy edificativo que alli se observa, por los actos de Comunidad muy serios, muy devotos y muy frecuentes, por la continua ocupacion de sus Frailes, por el egercicio apostolico de las misiones que hacen por todo el Principado, y fuera tambien muchas veces, y finalmente por los varios religiosos que ha tenido en todo tiempo, de especial virtud.

Este Convento, pues, celebre por tantos titulos, no pudo dejar de llamar la atencion de los emisarios de un tirano de las cualidades de Napoleon. Y en efecto desde luego la llamò.

Es verdad que sus Frailes, como verdaderos Franciscos en fin, no pudieron menos de irritar á semejantes enemigos. Predicaban en todas partes, ni cesaban de inculcar, aun en las conversaciones privadas, el celo por la Religion Catolica Romana, el amor á la Patria, y la fidelidad al legimo Rey D. Fernando septimo. En estos sentimientos fueron

tan constantes como ya hemos visto en otro lugar, segun la resolucion que hicieron en comun, de nunca jurar obediencia ni fidelidad al gobierno intruso, aunque por no hacerlo se hubiese de perder el Seminario, ni aunque á cada uno le hubiese de costar la vida.

La raiz de unos sentimientos tan generosos no pudo ocultarse, aun desde el principio de las hostilidades, á unos enemigos suspicaces, que todo lo indagaban y por todas partes tenian sus emisarios. En efecto irritados por las noticias que adquirieron, estuvieron varias veces para subir al Convento. Pero los pueblos vecinos (que entonces estimaban mucho á los religiosos) les disuadian su determinacion, diciendoles que se fatigarian sin mucho provecho, pues que no hallarian alli sino unos cuantos Frailes muy pobres, los cuales no cuidaban de otra cosa mas que de encomendarse á Dios.

Los sustos y sobresaltos de estos pobres, que nada ignoraban de aquellos proyectos de la tirania, se dejan entender facilmente. ¿Y que, cuando desde sus celdas veían á los

Caríbes que hacian varios movimientos por las faldas del monte, y cuando veían relumbrar sus armas por los reflexos del Sol? Nadie me negará que todo esto eran tragos de muerte. Tomaban los tristes todas las precauciones que les dictaba la prudencia. Escondían lo que podian de sus alhajas. Tenian puestas centinelas á ciertas distancias para que les avisasen de todo. Tambien ellos mismos hacian centinela, especialmente de noche. Se abstenia de tocar las campanas, hasta hacer parar el relox de la torre, á fin de que el sonido de las horas no alarmase. ¡Cuan amarga situacion!

Por lo demas, no dejaban por esto, de cumplir con sus actos de Comunidad acostumbrados. Los Maitines à media noche; las demás partes del oficio eclesiastico, las horas de oracion, las conferencias &c., cada cosa à su tiempo. Con que congoja, con que sobresalto harian todo esto los pobres, es mas facil concebirlo que explicarlo. Este vivir agitado, con un continuo pavor á veces mas penoso que lo mismo que se teme, durò por mucho tiempo, antes y despues de lo que voy á contar.

El diez de Enero del año once, sin embargo de las precauciones de los Frailes, y de los buenos oficios de los lugares comarcanos, subieron los enemigos el monte, dirigiendose al Seminario. (eran algunas partidas del egercito de Magdonal, que llevaba el derrotero hàcia Tarragona, en dos colunas; la una por el llamado Coll de las Irlas, y la otra por el lugar llamado Argentera distante como media legua del Convento, aunque se necesita mas tiempo para ir, por ser la subida muy penosa.)

Cuando los angustiados religiosos entendieron, pues, que la tempestad iba finalmente á descargar sobre ellos, y que ya la tenian muy cerca, tomaron desde luego las medidas que les sugirió la misma urgencia del peligro. Consumieron al instante el Santísimo Sacramento, por no dejarlo expuesto á ser devorado de los perros ú hollado de los puercos que venian furiosos y ya no estaban lejos: retiraron el copon, los calices, y lo demás que pudieron segun la ocasion perentoria en que se hallaban. Despues de lo cual, huyeron presurosos, al abrigo del bosque contiguo, y se escondie-

ron entre aquellas peñas, en sus concavidades, y en las legubres cuevas que forman. Por la precipitación necesaria, unos se estropearon, à otros se les rasgaron los hábitos por entre aquella maleza, otros perdieron los mantos.

El Convento, con todo, no fue abandonado; pues quedaron todavía en él ocho sacerdotes y dos legos; de los cuales algunos, cuando vieron á los enemigos allí muy cerca, salieron á recibirlos hasta el portal que llaman del *Bou*, por ver si así podrían amansarlos. Pero no eran hombres aquellos de los que se dejan amansar por Frailes. Antes luego que los vieron, aunque rendidos y humildes y con señas de suplicantes, amartillaron los barbaros sus fusiles y desenvainaron sus sables. Se les acercaron, sin embargo, los miseros religiosos, y aunque temblando les ofrecieron corteses sus servicios en todo cuanto pudiesen; pero fueron recibidos, no solamente con una grosería siempre vituperable, sino con la fiereza propia solo de aquellos monstruos.

Entraron por fin al convento, semejantes, en el traje y en todos sus ademanes,

á unas Arpias. Fueron con precipitacion á la cocina y al refectorio, y cargaron sucesivamente con todo cuanto habia, no tan solamente con todo el pan y demas perteneciente à comer (era cerca del medio dia), sino tambien con todos los utensilios de ambas oficinas. No dejaron ni una servilleta, ni un solo trapo; todo se lo llevaron.

Fueron con la misma furia á la Iglesia y sacristia, y en ambos lugares santos fue tambien completo el saqueo. Vestiduras sagradas, ornamentos de los altares, cera, &c. todo fue presa de aquella descomunal rapacidad, con todo cargaron; en tanto, que para celebrar, la mañana siguiente, tuvieron los pobres religiosos que enviar al lugar de Dos aguas (¡dulce recuerdo!) distante unos tres cuartos de hora, paraque les prestasen velas y ornamentos.

Subieron despues las Furias à las celdas, haciendo estragos á cada paso que daban. Desquiciaron y derribaron puertas, de algunas hicieron astillas, pillaron cuanto movió á su insaciable apetito, desperdiciaron ó emporcaron lo que no se llevaron, asemejandose, aun en

esto, á las sobredichas aves monstruosas, que fingieron los poetas, sucias, crueles y rapaces. Mas no hallaron lo que con mayor ahinco buscaron, que era *l'argent*; pues no le habia en aquel convento de Franciscos. Pero juzgandolo por imposible unos salteadores de aquella raza, y figurandose que los Frailes lo tendrían ó lo llevarían escondido; aqui fué de la tirania, aqui de la crueldad que egercieron contra los míseros.

Ya he dicho que, huyendo los demas al monte y al bosque, se quedaron en el convento ocho sacerdotes y dos legos. ¡Pobres! pagaron bien cara la confianza y el buen celo que les movió á quedarse, pues en vez de amansar aquellas fieras, excitaron mas su rabia, la cual convirtieron finalmente contra ellos mismos, y se vieron los tristes metidos entre tales angustias, que era preferible acabar la vida, como fuese de un modo regular y natural.

Amenazados de muerte, y de una muerte cruel, que en varios momentos terribles de las aciones freneticas de aquellos energumennos, no distaba de ellos mas que un solo

grado; tenían que sufrir una lluvia de golpes que con los sables y bayonetas les daban en la cabeza y espaldas, diciendoles à cada golpe: *saca l' argent*. Hicieron arrodillar á algunos, obligandoles á desnudarse del habito para registrarlo, teniendo los sables levantados y vibrandolos con furia sobre sus cabezas, sino que reprimian el golpe. ¿ No era esto casi tan amargo como el morir?

A un sacerdote anciano puesto asi de rodillas le repitieron muchas veces que sacase *l' argent*, sino que moriria. Y como respondiese siempre, que no lo tenia, uno de aquellos verdugos le apuntò el fusil amartillado á la cabeza, que tenia inclinada hàcia el suelo, y diciendole que iba pues à morir, hizo el barbaro el ultimo ademán de dispararle. El mismo paciente me lo contó despues á mi. ¿ Y no era esto mas amargo aun que la misma muerte?

A otro, joven y robusto, iba otro verdugo á traspasarle de veras con la bayoneta; pero el Fraile previno el golpe, agarrando la bayoneta, que se quebrò entre sus manos; y como por fortuna se hallase cerca de una es-

calera excusada, la tomó pronto y pudo escaparse.

Otro, anciano, recibió tres heridas en un brazo. A otro le dieron una cruel bofetada, y casi le derribaron con un fiero culatazo de fusil. A otro le echaron de una escalera abajo, con tanta violencia que se quebró el pobre, y se quedó quebrado toda su vida.

Yo me cansó ya de escribir tantos estragos, y de contar tales crueldades egecutadas, por la mayor parte, en unos sacerdotes ancianos, incapaces ya de defenderse y de ofender. Por otra parte yo no tengo el temperamento de aquellos que se deleitan en los sucesos tragicos, y confieso que cuando van acompañados de lo que llamamos fiereza, me conmueven en extremo. Yo sin hacerme violencia, no puedo pararme mucho en la consideracion de esa barbarie con que fueron tratados mis pobres é indefensos hermanos. Irán á la margen los nombres de los que padecieron mas. (1)

(1) El P. Fr. Juan Colomer Misionero, anciano, sencillo y muy virtuoso. Este es el que postrado, estaba aguardando al fatal plomo que

Aquella terrible tragedia duró desde el medio dia hasta las cinco de la tarde, hora en que finalmente acabaron de retirarse los enemigos inhumanos, cargados con su presa y botin infames, dejando el Convento exhausto, descalabrados y metidos entre terribles angustias á los pobres Frailes. Por la noche volvieron los que habian huido al bosque y refugiados en las cuevas del monte, estropeados y rasgados, como tengo dicho.

Hallandose ya juntos, haciendo mil reflexiones tristes sobre lo que les acababa de su-

ya iba á salir del fusil que el barbaro le tenia apuntado á la frente, diciendole: vas á morir.

El P. Fr. Domingo Falgás Misionero, joven: Este es aquel en cuyas manos se rompió la bayoneta que iba á traspasarle.

El P. Fr. Agustin Perés Misionero, anciano, habil teologo: Este es el que recibió tres heridas en el brazo.

El P. Fr. Juan Anglada Misionero, anciano venerable, ex-Guardian del Seminario: A este dieron la gran bofetada, y el fuerte culatazo de Fusil.

El P. Fr. Antonio Pascual Misionero, anciano, habil Orador, que habia hecho mucho fruto con sus sermones: A este echaron escalera abajo, de cuyas resultas quedó para siempre quebrado.

ceder, contandose mutuamente lo que cada uno habia padecido, debilitados del susto y del hambre, porque los mas apenas se habian desayunado en todo el dia; lo primero que hicieron fue cumplir con la parte del divino oficio que de aquel dia les faltaba, y rezaron Vísperas y Completas. Despues trataron de tomar alguna refeccion, de que tanto necesitaban. Pero no hallaron los pobres de que echar mano, ni aun para hacer una triste colacion; porque las Furias todo lo habian consumido ó se lo habian llevado. En todo el Convento no se halló el mas pequeño mendrugo de pan; y como era de noche, las poblaciones distantes, y los caminos dificiles, no pudieron tomar niaguna providencia. Conque despues de tantos trabajos y de tanto ayuno, toda la refeccion consistió en cuatro avellanas y un trago de vino; lo que pudo escaparse de las uñas y de la rapacidad de los enemigos, quizá por particular providencia del cielo.

Daban gracias à Dios los pobres, consolandose de que, si habian padecido tantas penas y trabajos, si habian perdido las alhajas, y si no tenian que comer, habian con todo

salvado las vidas, lo que no era de esperar del furor frenetico con que los trataron aquellos barbaros inhumanos. Sin embargo se afligian no poco por no tener al pronto con que remediar la necesidad de un religioso enfermo, que por la grande tribulacion, no habia tomado alimento en todo aquel dia. Y ¿porque he de dejar de referir aqui un suceso que, si no es milagroso, es ciertamente admirable en todas sus circunstancias?

Habia en el Seminario un cachorro mastin extremadamente voraz, aun por ser perro de aquella casta; nunca se veía hartó, y cualquiera cosa de comer la tragaba al momento. A la mañana siguiente, pues, antes que pudiese llegar el socorro de las poblaciones vecinas, compareció el bruto con medio pan muy bueno en la boca, se dirigió á la cocina, y soltó inmediatamente el pan de los dientes, en medio de los Frailes que estaban solícitos de como remediarían la necesidad del enfermo. Cogieron el pan, bendiciendo á Jesucristo por su admirable providencia. Inmediatamente hicieron una sopa, que llevaron al doliente, el cual en cerca de veinte y cuatro horas no

habia tomado alimento alguno, y con este quedó muy consolado.

El caso es cierto, y lo testifican muchos religiosos graves y virtuosos que se hallaban presentes cuando el perro soltó el pan. La circunstancia de no poder atinar de donde lo sacò, la necesidad urgente del enfermo, el apuro de los religiosos, y sobre todo la voracidad de la bestia, que no estaba habituada á soltar para otros lo que ella se podia comer, ponen el suceso alomenos en la clase de admirable. Y yo lo he referido para endulzar un tanto la amargura que naturalmente causa una relacion de tantos estragos y de tan malos y crueles tratamientos, como son los que tuvieron que sufrir el Seminario y los Frailes de Escornalbou, de la rabiosa furia de las tropas de Napoleon.

ARTÍCULO VI.

Lo que padeció en la misma epoca el Convento de los Franciscos de Reus.

De un modo muy diferente que los de Escornalbou, fueron tratados, en el principio de su tragedia, los Franciscos de Reus. Con estos no se encruelecieron desde luego los enemigos, como acabamos de ver que lo hicieron con aquellos. Al contrario, empezaron por tratarles con algun miramiento, dandoles esperanzas de que los dejarían en paz con tal que observasen algunas condiciones, ni se metiesen en las cosas civiles y politicas, ni alarmasen à las gentes, sino que cumpliesen con su oficio en lo espiritual, y se mantuviesen quietos y tranquilos. ¿Seria esto porque los Frailes de Reus se hallaban en una grande poblacion à la cual no convenia exasperar desde luego con crueldades, y al contrario los de Escornalbou estaban en un desierto, en donde los atropellamientos tiranicos no eran

vistos sino de los mismos que los sufrían? Fuese por lo que fuese, lo cierto es que á su entrada en Reus hicieron los enemigos aquella diferencia.

Pero no tardò á verse que su mitigacion pasagera no era virtud, ni compasion; ni ningun sentimiento de humanidad, sino una solapa y una traza malvada para poder coger mejor y mas á su salvo, á los Frailes incautos, y asi desahogar sobre ellos, de un modo mas perverso, la rabia con que los miraban, añadiendo á la crueldad é inhumanidad la mas abominable felonía. Voy á contar toda la tragedia y el modo como pasó.

Dia primero de Mayo del año once, entró con su egercito, en Reus, el General Suchet, en donde puso su cuartel general con la mira de sitiar á Tarragona. En el mismo dia, y aun antes, varios Frailes Franciscos abandonaron el Convento de aquella Villa, temerosos principalmente del primer impetu de semejante enemigo. El Guardian que tenia mucho que temer, con algunos otros (entre quienes se hallaba el historiador, que no tenia que temer poco) se retiraron á Tarra-

gona, confiando en la fortaleza y en la valiente guarnicion de aquella plaza. Otros se refugiaron en otras partes; de modo que finalmente no quedaron alli, mas Franciscos que unos veinte escasos. Luego de haber entrado, uno de los primeros cuidados de Suchet, fue ocupar el Convento, aunque dejó lugar para los religiosos, á quienes no trató mal al principio; antes les dió muestras de que los dejaría en paz, como queda dicho.

Estos, sencillos é incautos, confiados con buena fé, de un tirano que la tenia muy mala, ya no pensaron mas en escaparse; al contrario, alguno que se hallaba ya fuera y seguro, engañado con la misma confianza, volvió á entrar y meterse en el peligro. Pero generalmente los escapados entendieron la maña, y no se fiaron de la moderacion aparente de uno cuyo principal (Napoleon) hacia alarde de poner en practica todas las maximas maquiavélicas.

Desde luego pudieron conocerse las malas intenciones del enemigo, cuando por su respeto, y sin duda á instigacion suya, se notificó á los religiosos, que de ningun modo

se atreviesen á manifestarse en publico con sus propios habitos. Ciertamente que era esta una señal evidente de que no se querian Frailes. Si con esto no se desengañaron todos todavía, prontamente llegó el caso de tener que arrepentirse de su nimia confianza. De los habitos pasó luego la proscripcion à las personas, y cuando vieron venir el golpe, ya no eran à tiempo de evitarlo.

En una noche se vieron presos todos los Frailes del Convento, y circuidos de soldados armados. Al resplandor de unas tristes luces veían relumbrar las bayonetas y los sables, que no podian dudar se habian desenvainado por su causa, sin atinar por el pronto los miseros à que vendria á parar aquella repentina providencia que se tomaba contra ellos.

Era natural que cada uno temiese ya por su vida, y que se arrepintiese de no haberse escapado cuando podia. Pero el arrepentimiento era ya tarde; ya estaban presos. He aqui la buena fé de Suchet y de su Amo. He aqui en que vino á parar la confianza que se habia puesto en la moderacion solapada de un tirano.

Cuando se supo en Tarragona (y se supo muy luego) aquella infame prision, no pudieron los religiosos escapados dejar de hacer mil reflexiones dolorosas sobre la triste suerte de sus compañeros, ni aun de reprender interiormente su nimia é importuna confianza. Yo sé tambien los pasos que se hicieron y las muchas diligencias que se practicaron paraque el General Campoverde reclamase del General enemigo semejantes presos. Pero, ó bien el Sr. de Campoverde no tuvo á bien adherir à las suplicas de los interesados, ó bien el General Suchet, que ya se miraba muy pujante, no hizo caso alguno de semejante reclamacion.

El dia siguiente á la noche de la infame prision, que fué el ocho de Mayo, sacaron de Reus á unos veinte y dos Franciscos presos en aquel Convento, y tambien à los Carmelitas Descalzos de la misma villa, que por ser Frailes corrieron la misma suerte. Iban juntos los míseros, en fila, á pie, inciertos de su paradero, escoltados de una tropa que, por su caracter, por principios, por su religion, que era ninguna, y

por educacion, era implacable enemiga de Frailes.

Llevaron, ó por decirlo mejor, arrastraron à los pobres hàcia el Coll de Balaguer, despues hàcia Tortosa, á Zaragoza, á Huesca, á Jaca, y por último á aquellos depositos de Francia, en donde el gran tirano tenia tantos mil'ares de victimas escogidas, de cuyas penas se hartaba.

En tan largo viage experimentaron toda la crueldad de sus conductores feroces. Mientras andaban, (ápie siempre e xcepto algun enfermo) las burlas los vituperios, los atropellamientos violentos nunca cesaban, sino que se sucedian unos à otros. No solo no se permitia ningun descanso à los cuerpos fatigados y debilitados; pero mucho menos podian descansar los espiritus fatigados, aun mas que los cuerpos, de los continuos insultos. En las detenciones que hicieron en varias poblaciones del transito, la morada de los pobres presos fue siempre una verdadera y rigurosa carcel (cualquiera que fuese el lugar) por la estrechez, por la dureza é inhumanidad de las

guardias, y por la privacion de las cosas mas necesarias.

No se les suministraba ningun socorro por parte del Gobierno tiranico que mandaba arrastrarlos asi; de modo que à no haberles asistido la piedad y la caridad de los fieles de los lugares en donde se detenian, hubieran muerto de hambre. He aquí la política particular maquiavélica del architirano Bonaparte. ¿Cuándo se vió una cosa semejante ni aun entre los Gobiernos mas barbaros?

Al entrar en Aragon y hasta llegar à Francia, la barbarie y la crueldad de los conductores subió de punto y llegó hasta á el extremo, contra los miseros presos. Fuese, ó por temor que tuviesen de las tropas y sometenes españoles, ó fuese por otro motivo, obligaban frecuentemente á los pobres á que apresurasen el paso, aunque no pudiesen andar de debilitados y fatigados. En estos casos les arrebaban como á las bestias, agujoneandoles y apaleandoles, como se hace con los bueyes y con los asnos. Si alguno se rezagaba, aunque fuese muy poco, ó bien se detenia por alguna necesidad, aunque no fuese mas que un mo-

mento, se sentia al instante el aguijon en las ijádas, ó el palo en la cabeza y espaldas. Solo el referirlo da pena, ni se puede recapacitar sin una especie de horror. Pocas veces la tirania se habrá visto mas inhumana.

A un pobre viejo Francisco, de edad sesenta y cuatro años, porque de puro cansancio no podia andar como los demás y se apartaba un poco de la fila, le dieron con un palo en la cerviz tan reciamente, que por mucho tiempo no pudo levantar la cabeza, que del golpe se le quedó caida inclinada hácia un lado. Si algun enfermo no podia ò no sabia arrear el bruto en que iba montado, pronto llegaba uno de aquellos barbaros para remediarlo. Pero en vez de herir al animal, como era natural, daba con el palo à las espaldas del triste imposibilitado y doliente que iba encima.

Yo ciertamente ignoro lo que sucede á los otros. De mi confieso que esta especie de atrocidades è indignidades me roen las entrañas. Con un modo pues tan barbaro fueron tratados los Franciscos y los Carmelitas descalzos de

Reus, en toda aquella travesía de Aragon, hasta que fueron colocados en Francia. Trabajos muy semejantes à los que lloró Jeremías de los Jerosolimitanos cuando fueron trasladados à Babilonia, los cuales veian continuamente el palo levantado amenazando á sus cervices, ni se permitía descanso alguno aun á los mas desalentados: *Cervicibus nostris minabamur, lassis non dabatur requies.* Jerem. Oracion.

El tratamiento que experimentaron en Francia, fue generalmente moderado y aun benigno, alomenos comparado con los atropellamientos atroces del viage: gracias á la compasion de muchas personas caritativas de los lugares en donde los colocaron. Alli ya se les suministrò con que subsistir; y aun algunos fueron colocados con ventaja en algunas Parroquias, sirviendo de auxiliares á los Parrocos.

Pero esto debe entenderse por lo general, y precisamente en lo que dependia de aquellas gentes que no se sentian inclinadas á seguir las crueles maximas del gran tirano y de sus emisarios. Porque, por lo demas, no faltaron

algunos de los pobres presos, que padecieron allí trabajos y calamidades de no poca consideracion. De ellos murió allí un Fraile Francisco Lego. ¿Seria de resultas de las fatigas y de los atropellamientos del camino, de que no pudo restablecerse? ¿Seria porque su condicion y estado de lego, no le proporcionaba las mismas asistencias que tenian otros? ¿O seria en fin por alguna nueva pena que se hubiese añadido á las pasadas, como sucedió á otros de sus compañeros? Yo lo ignoro, y solo sé que acabó sus dias en aquel destierro.

Tambien sé, y no debo pasarlo por alto, lo que allí mismo tuvieron que sufrir dos de sus hermanos. Fue el caso, que deseosos de volverse à su Patria, de la cual con la mayor injusticia y con tantas violencias los habian como arrancado, probaron escaparse del lugar de su colocacion, tomando sendas excusadas que los dirigiesen à España. Esta diligencia habia salido bien à algunos. Pero los dos de quienes hablo tuvieron la desgracia de ser cogidos en su mismo acto de escaparse. Sin que se les atribuyese, pues, otro delito,

fueron desde luego puestos en juicio riguroso y por mas que su abogado, hombre recto é inteligente, probó con toda evidencia, que à semejantes presos no podia comprenderles la nueva ley sobre los fugitivos, de nada les aprovechó; pues el juez, que seguiria sin duda los aires del architirano, les condenó á sufrir la pena segun todo el rigor de la ley, que era, ser destinados á las obras publicas, vestidos, amarrados, custodiados, y tratados como los mas viles esclavos.

Esta sentencia inicua, digna de los mas barbaros Escitas, fué en efecto fallada, publicada é intimada á los dos Franciscos, ambos sacerdotes. Aun mas todavía; se les hizo recibir à cada uno su vestido de ignominia correspondiente á su pena, y se huvo de firmar el recibo. Bien es verdad que no llegó á egecutarse esta sentencia mas que barbara, porque escandalizadas algunas personas honradas del lugar, de un fallo tan horrible entre cristianos católicos, escribieron al Ministro de Estado, y así se suspendió su efecto.

Este suceso extraordinario mirado en to-

das su circunstancias, y que debe causar horror á toda alma cristiana en quien no se hayan extinguido todos los sentimientos de tal, es ciertísimo y yo se lo he oido referir, no una vez sola, á los dos pacientes sacerdotes, muy buenos religiosos, y dignos uno y otro de su alto caracter, de los cuales el uno vive todavía, y cuyos nombres, con el del que murió en el cautiverio, y del otro á quien lastimaron con el cruel palo, van al margen notados. (1)

(1) El P. Fr. Jaime Amát, religioso condecorado, Predicador de fama, que habia sido Guardian del Convento de Reus, y Definidor de la Provincia, el cual murió despues siendo otra vez Guardian del mismo Convento. Este viejo venerable, siendo entonces de edad de sesenta y cuatro años, recibió aquel cruel palo que le dejó tan malparado.

Fr. Pedro Rius lego, fue el que murió en los depositos de Francia.

El P. Fr. Raimundo Perés, Vicario del Convento, de un porte muy arreglado, y que con su buen modo y algunas dadivas, habia sabido mitigar por un tiempo la fiereza de algunos de aquellos monstruos.

El P. Fr. Baudilio Capdevila, Predicador Apostolico, que habia sido Misionero en Escornalbou, religioso integro y de costumbres irre-

Conque estos son los trabajos que padecieron los Franciscos que en Reus tuvieron la desgracia de caer en las manos de Suchet y demas agentes de Bonaparte. Indignidades y crueldades son estas tan extraordinarias como se acaba de ver, y que prueban el odio y la rabia particular con que se les miraba. Los Carmelitas descalzos de la misma villa, fueron sus compañeros en la desgracia como va dicho, y corrieron igual fortuna; cuyos padecimientos en particular referiria con gusto, si hubiesen llegado á mi noticia.

En cuanto al Convento ó casa de los Franciseos, sufrió lo que era necesario, albergandose alli semejantes huespedes. Celdas arruinadas, puertas hechas astillas, muebles y utensilios, ropa, libros, papeles, todo pillado. ¡Ojala se hubiesen podido salvar algunas cosas pertenecientes à esta ultima clase!

prensibles, quien actualmente se halla de Guardian en el Convento de S. Salvio de Cladells. Estos dos son los que fueron condenados al trabajo de las obras publicas, con las condiciones y circunstancias indignas que he referido, y que yo les oí contar.

Pero nada podia escaparse de la rapacidad de aquellos Caribes, cuya mansion fué tan infausta para el dicho Convento, que ademas de dejarlo enteramente desmantelado, se resintieron hasta los tejados y alguna de las paredes maestras.

Tambien dejaron alli una corrupcion y un hedor pestilente, que parecia haberse identificado con la misma fábrica. ¿Seria propio de aquellos cuerpos entregados habitualmente á la inmoderacion y destemplanza? Lo cierto es que se necesitó mucho tiempo y mucho trabajo para conseguir que se desvaneciese. Asi que Convento y Frailes experimentaron todos los malos efectos, tanto de la destemplanza, como del odio de aquellos tiranos.

ARTÍCULO VII.

Los grandes padecimientos de los Franciscos y de su Convento de Tarragona por este mismo tiempo.

Todavía estoy temblando y aun me estremezco al acordarme de la horrorosa catastrophe de la infeliz Tarragona, hecha el blanco de toda la crueldad de Suchet y de sus barbaras tropas. Pocas ciudades ganadas por asalto experimentaron tanta ferocidad del enemigo victorioso; y tal vez en ninguna, á proporcion de sus habitantes, se habia derramado tanta sangre de inermes, de indefensos y de inocentes, ¿Que habian hecho á Suchet las Religiosas encerradas por profesion entre cuatro paredes? ¿Que le habian hecho los niños que por razon de su edad, no eran todavia arbitros de sí mismos? ¿Y que le habian podido hacer los encerrados en las entrañas de sus madres, pues no habia llegado su tiempo de nacer?

¡O día aciàgo para la antigua y celebrada Tarraco, el veinte y ocho de Junio del año once! Cuando el Sol para ella se iba á poner, iban à acabarse miserablemente las vidas de millares de sus habitantes. En aquella noche ¡O funesta noche! viò correr Tarragona, dentro de sus muros, rios de sangre de sus paisanos, victimas de la mas horrible crueldad. Asesinados muchos en sus propias casas, eran echados, por los balcones y ventanas, en las calles; y eran tantos, que impedian el paso á los que huian de las furias que iban tambien á asesinarlos.

En un declive de cerca cien pasos de largo y cuarenta de ancho, se veian treinta, cuarenta y mas cadaveres desfigurados; y no se podia pasar por alli sino pisando sangre. En el llano de la Catedral, delante de la puerta mayor, se veía á una muger con su niño apretado en el pecho, huyendo de un soldado brutal que la iba persiguiendo con sable en mano. La infeliz madre, temiendo menos por su vida, que por la del hijo tierno, entregandolo à uno que se hallaba alli cerca, volvia el rostro al perseguidor furioso, diciendole

que le quitase la vida antes que el honor; y el monstruo cambiando su pasion brutal en rabia ferina la traspasaba con el sable y la dejaba tendida en el suelo.

En otra casa se veia á otra muger tendida tambien, en cuyo vientre rasgado quizá por el cruel cuchillo, se divisaba el fruto de las entrañas, que aun no habia nacido, pero cuyo natural movimiento se percibía muy claramente; se veía tambien al infeliz Padre (autor de aquel fruto, que se hallaba presente á tan horrorosa escena) como iba apresurad o para bautizar y dar la vida espiritual al que habia dado la corporal que ya no podia salvar; y se veía á un barbaro feròz que descargaba el fatal golpe sobre el Padre piadoso y lo dejaba por muerto, aunque en efecto no murió, para que pudiese contar, y no quedase oculto un hecho tan horrible, que, en todas sus circunstancias, tal vez no tiene semejante.

En el claustro de la Catedral se veia á un respetable Canonigo regandolo con su sangre, y por mas que hacia para amansar á la fiera que lo traia entre sus garras, se veia por fin caer muerto y acribillado de heridas.

À los pies de otra fiera se veía degollado á un Clerigo venerable no menos por su virtud que por sus canas: fue sacado de la Catedral y arrastrado á su casa, y aqui le asesinaba el salteador impio, porque no le habia oro ni plata con que redimir su vida. ¡O varon digno de mejor suerte! Con renovar su memoria, se me renueva el dolor..... Le pago lo que le debo..... habia sido mi Maestro. (1)

Cerca del muro, por la parte del mar, se veía à una Religiosa, que arrastraban dos Caribes, levantando la mísera los ojos al cielo, encomendando á Jesucristo su alma, mientras que el cuerpo iba derramando la sangre que salia de las mortales heridas. *¿Quis talia fando..... temperet á lacrimis?* Yo confieso que no puedo contener las mias, tanto mas cuanto

(1) El Clerigo asesinado, era D. José Guittart, Catedratico de Gramatica y de Retorica, jubilado, que contaba innumerables discipulos de todas clases y estados, varon respetable por su saber y por su mucha virtud. Aunque no pertenece á los Franciscos, fué mi maestro: le pago pues este tributo debido, expresando aqui su nombre.

este ultimo caso toca á las cosas de los Franciscos, como verémos despues.

Tambien debo pagar este tributo à la infortunada Tarragona, que me hospedó cuando yo huía de Reus, y de la cual habia salido pocos dias antes de su horrorosa catastrofe, huyendo por mar, y exponiendome á grandes peligros, por evitar otros mayores, que no era difícil prever, segun iban aquellas cosas. Despues de esto, paso á referir directamente la parte notable que de tan horribles estragos tocó á los Frailes Franciscos, los cuales son el objeto de mi historia.

Ya durante las hostilidades y las operaciones del sitio, se vió bien claramente el particular odio de los enemigos contra estos Frailes, como en parte lo manifestaron en los que se quedaron en Reus. Pero lo manifestaban en todo y por todo, mientras obraban contra Tarragona, dirigiendo muchos tiros particularmente contra aquel su Convento. Esto se observó constantemente. Pero los mejores testigos que no dejan lugar á ninguna duda, son las mayores y mas considerables ruinas que padeció aquel edificio con respecto

á los demás de la Ciudad, de lo que hablaré despues.

¡ Ah! sabia Suchet, y sabian sus subalternos, que en aquel Convento estaba el parque de artilleria, sabia las juntas que allí se tenian, y aun los que concurrían á ellas, pues por desgracia en todas partes tenia el enemigo sus emisarios y algunos fautores. Tambien tenia noticia de los Frailes de Reus y de Lerida refugiados allí, y de lo que estos habian hecho contra sus miras tiranicas. Consta que Enriot lo avisaba todo desde Lerida, nombrando expresamente à alguno de esos mismos Frailes, al cual aquel hombre feroz tenia proscrito. La prevencion pues y la particular ojeriza de los enemigos contra los Franciscos de Tarragona, aun durante el sitio, son manifiestas.

Pero se declararon mas todavia en el terrible asalto y en la toma de la Ciudad. Entraron, como se sabe, por la brecha abierta en la muralla contigua al Convento de dichos Frailes, el cual por aquella parte no presentaba ya mas que un monton de ruinas, causadas por las balas de grueso calibre, que por

mucho tiempo y sin interrupcion le habian directamente disparado. Entraron furiosos y sedientos de sangre, que por tres dias hicieron correr en arroyos por toda la Ciudad. Ya deajo insinuada la inhumanidad, la crueldad y fiereza con que en algunos casos particulares la derramaron. Pero por mas en abundancia que la viesen correr, no se saciaban aquellas fieras con la comun de los ciudadanos.

Rabiaban los monstruos por hartarse de sangre de Frailes. Hacian las mas vivas diligencias por encontrarlos. Ponian talla contra sus cabezas. Habia quien ofrecia una onza de oro (es necesario hacerse cargo de la codicia insaciable, en especial por el oro, de aquellos monstruos) á cualquiera que le mostrase uno, por el gran gusto que hallaria, segun decia, en degollar á un Fraile.

Para poder experimentar este gusto, registraron en S. Francisco todos los escondrijos, y hasta los escombros de las grandes ruinas. Los pocos religiosos que se habian mantenido alli hasta el asalto, casi todos habian corrido á esconderse disfrazados, en algunas casas de la Ciudad. Pero hallaron

tres por desgracia, en quienes las furias cumplieron aquel su gusto execrable, desfogando un tanto la rabia que tenían, que tenían contra todos.

A uno de edad ya abanzada y casi ciego del todo (que encontraron tropezando el pobre, ya por su falta de vista, ya por la precipitación con que huía), le asesinaron al primer abordaje, dejándole tendido en el suelo, y cubierto de mortales heridas. Con otro de una edad casi decrepita, á quien hallaron en el convento, imposibilitado para escaparse, fueron mas crueles todavía. Suspiraba el triste y se lamentaba mientras que le iban acribillando á cuchilladas; y así se hartaban los monstruos, no solo de las penas y de la sangre, sino tambien de los lamentos del misero paciente. Espiró en fin entre acerbos dolores.

Pero el genero de crueldad, de que usaron con el tercero, excede á toda ponderación. Era tambien un viejo (lo que noto, porque la vejez, que es un motivo de respeto entre los hombres, excitaba mas la rabia de aquellas fieras). No le quitaban des-

de luego la vida, sino que poco á poco le hacian sufrir tormentos incomparablemente mas dolorosos que la muerte. Primeramente le llenaban de injurias y de afrentas de palabra, y tambien por obra dandole golpes en todo su cuerpo, que la misma crueldad hacia que no fuesen mortales. Luego le arrastraban y le empujaban sobre montones de cadaveres desfigurados, para aterrarle con la idea de que prontamente seria del número de ellos. Todavía viven personas muy fidedignas, que fueron testigos oculares de esta infernal maniobra.

Despues arrastraban al pobre y le ponian en pie delante de una espantosa hoguera, haciendo que la mirase muy despacio, y significandole que aquel debia ser su ultimo paradero, todavía mas desgraciado que el de los muertos que acababa de ver... ¡Dios mio! ¡como tengo alientos para escribirlo! Pero ya concluyo. Por ultimo empujado y punzado con las bayonetas, y deramando ya arroyos de sangre, santiguandose primero y levantando los ojos al cielo, se abanzaba forzado el triste hácia la hoguera,

caía entre las llamas, y se consumaba tan horrible sacrificio. Horrible digo, cuando miro á los tiranos; pues considerando al paciente lo tengo por muy heroico.

Asi desahogaban en Tarragona la rabia que contra los Franciscos habian concebido los satelites de Napoleon, tan crueles como su amo. Y ¡ojala à lo menos hubiesen quedado satisfechos, y se hubiese concluido la triste escena con el funesto acto que horrorizado acabo de contar! Pero ¡misero de mi! aun me restan otros de la misma clase, que referir, ni menos funestos ni menos lamentables; pues aquella rabia de los enemigos era de tal cualidad, que si con semejantes crueldades se desahogaba, pero nunca se agotaba; y si no hallaron mas Frailes Franciscos en quienes egercerla de nuevo, no les faltaron Monjas Franciscanas en quienes continuarla.

Todos saben que las Clarisas de Tarragona pertenecen à los Franciscos, y que llevan su mismo habito, no solo en cuanto á la forma, segun lo permite el sexo, sino tambien en el color. Este color y esta forma irritaba á los enemigos, y á su sola vista se ponian como

furias. Fueron pues al Convento de las miserables Religiosas, que está en la rambla al extremo opuesto al del Convento de los Frailes. Entraron atropellandolo todo, todo lo saquearon, todo lo desolaron. Con su aspecto horrible, con sus gritos, con sus patadas, con sus ademanes furiosos introdujeron el terror y el espanto en aquel lugar sagrado.

Ya antes, cuando aun se podia, habian salido del Convento y de la Ciudad varias religiosas viendo el peligro inminente que amenazaba. Cuando el asalto, salieron otras y se retiraron en varias casas. Pero quedaron todavía algunas dentro del claustro, ó por vejéz, ó por enfermedad, ó por falta de consejo en aquel terrible lance. Como se hallarian las tristes, lo que harian, lo que padecerian viendose solas y à la disposicion de aquellos energumenos, ó mas bien demonios vestidos de carne, no es menester que yo lo diga. La cosa habla demasiadamente por si misma. Este es uno de aquellos sucesos tragicos que improvisamente hieren el corazon, y lo dejan envuelto en ideas y en pensamientos todos funestos.

Yo he andado solícito por saber lo que pasó en tan horrible tragedia; y el cielo me es testigo de que no he hallado cosa alguna de aquellas que mas sentiria, y que me seria imposible contar, ni aun reflexionar sobre ellas, sin derramar un torrente de lagrimas. Hallo por el contrario, que una Monja de edad no avanzada, sino robusta, que se habia quedado para cuidar de las enfermas, y que se vió circuída de aquellos toros (los cuales en varias ocasiones fijaron en ella su vista encendida, como que ardían en la infernal llama), quedó sin embargo intacta, ni jamás probaron violentarla.

Estos son ciertamente milagros de la omnipotencia de Jesucristo. La misma Monja que, mudando las Furias de sentimientos, se vió, por dos ó tres veces, amenazada de muerte, vive todavia sana y con perfecta salud, dando gracias á Jesucristo que la libró de tantos, de tales y tan grandes peligros.

Pero este mismo Señor, que en honor de sus esposas, contuvo la brutalidad de aquellas fieras, no quiso, por sus altos juicios, impedir la crueldad. Se abstuvieron de quitar la

vida á una, como va dicho; pero mataron á cinco, esto es, á dos enfermas, cuya muerte natural, visiblemente aceleraron con los sustos, con sus gritos, con sus amenazas, con sus ademanes infernales, y á otras tres que barbaramente asesinaron. Este hecho atroz por cualquier lado que se mire, es cierto, ni da lugar á la menor duda. Luego de haber sucedido lo publicó la fama universal no solo en Tarragona, sino en toda la Cataluña y aun fuera de ella.

El asesinato de las tres Monjas Franciscanas es indisputable. Pero el modo y las circunstancias con que las Furias desfogaron su rabia contra aquellas victimas inocentes, han padecido despues alguna obscuridad. Yo lo referiré todo como me lo contaron desde el principio, quando era aun muy reciente la memoria de este triste suceso, y quando los defensores de la Religion y de la Patria se esmeraban en publicar las mas notables atrocidades, à fin de inspirar el horror que se debia tener à los monstruos que eran sus autores. Las cosas anduvieron despues de tal modo, que no tan solamente se disminuyò este

horror, sino que se trabajó en sofocarlo del todo, porque muchos se iban preparando para cometer las mismas ó semejantes atrocidades, que darán sobrada materia á la segunda parte de esta historia. Voy pues á referir lo que publicó la fama sobre el caso, en el mismo tiempo en que sucedió, hallandome yo no mas que cinco leguas distante de Tarragona.

Una de las tres religiosas que asesinaron, se habia podido retirar á una Iglesia, con el intento, ó bien de esconderse, como pudiese de los asesinos, ó bien de esperar en el lugar santo la suerte que el cielo le deparase. Se entrò para orar, en la Capilla del Santisimo Sacramento; y desde luego advirtió que se habia violentado el Sacrario. Atonita y suspirando, viendo al mismo tiempo las sagradas formas desparramadas por el suelo, no sabia que hacer. Era sumamente difícil, y aun á ella le pareció imposible, en aquel trastorno y confusion universal, avisar á algun Sacerdote, por lo que le ocurrió el pensamiento de consumir ella misma el Sacramento adorable, por no dejarlo allí expuesto á mayores ultrajes.

En efecto se arrodillò hiriendose los pechos y derramando arroyos de lágrimas, é inclinándose y bajando la cabeza hasta el suelo, iba tomando con la lengua las sàcratisímas particulas, de una en una. ¡Pobre! no pensaba ella que se tomaba por si misma el Viatico, para la muerte que muy aprisa se le iba acercandø. Aun estaba ocupada en sus piadosos actos, cuando entraron los Caríbes, y asi como la hallaron arrodillada y postrada, le dieron varias heridas mortales, con que acabò la vida mojando con su sangre el lugar Santo y el Sacramento Santisimo. Asi con mas propiedad todavia, que Séfora á Moyses, pudo esta Monja decir á Jesucristo, que era su Esposo de sangre.

La otra, segun refirieron testigos oculares, padeciò mas todavia. La vieron correr á la pobre toda desalentada, por la rambla, con un Crucifijo en la mano. Y, segun parece, era que salia con precipitacion de una casa, en donde se cebaba la furia de los enemigos, cometiendo las tropelias y haciendo los estragos, propios de aquel terrible saqueo. Andaba turbada la triste, y, al parecer, sin haber for-

mado idea de à donde iria á parar, como sucede en semejantes aprietos. El paso era acelerado, pero eran mas veloces los tigres que la seguian, y que no la perdian de vista; los cuales viendola salir de la casa, que ya contaban por toda suya, se apresuraron á darle el alcance, porque nada se les escapase de la presa.

Pronto la alcanzaron. Y viendola en traje de Monja (y Monja Franciscana) y con el Crucifijo en la mano, se enfurecieron mas aquellos monstruos. La cogian en medio, la apretaban, la empujaban, ¡O caso lastimoso! ¡O espectaculo acerbo! Ella levantaba los ojos al cielo, (esta es la Religiosa Franciscana, de quien, al principio de este articulo, prometí hablar despues) gemia, suspiraba; no derramaba lagrimas, porque el corazon despavorido ya no podia suministrarlas. La golpeaban cruelmente, la derribaban al suelo, la arrastraban, la traspasaban con los sables; y quedaba muerta.

¿Que? Puede concebirse mayor odio, ni puede subir ya de punto la crueldad? Si: todavia puede. La rabia de los enemigos en-

contrò nuevos modos, y aun mas crueles, para explayarse contra los Franciscos ó lo perteneciente á ellos, como se verá por el asesinato de la tercera Monja, de que voy á hablar.

Era esta una anciana venerable, que mas de cuarenta años habia que estaba en su Convento de Clarisas de Tarragona. Era religiosa de mucha virtud, estaba muy desprendida de las cosas del siglo, y tenia una suma aversion á volver à ver el mundo que habia tantos años tenia renunciado. Esta aversion, que en ella era una virtud muy estimable, dió ocasion á su horrible asesinato.

¡Ay de mi! no puedo acordarme sin un vivo dolor, de cuanto trabajé en persuadirla, cuando aun era á tiempo, paraque huyese del peligro que evidentemente amenazaba. Pero su grande repugnancia á ver el mundo, frustró todas mis diligencias. El cielo lo dispondria asi para egercer la paciencia y para coronar mas pronto la virtud de aquella inocente alma.

Cuando llegó el caso del fatal asalto, tuvo que salir la pobre, por mas que lo repugnase. Hizo cuanto pudo para esconderse, y por no

exponerse voluntariamente á la crueldad y á la petulancia de unos barbaros impíos que tenían su mayor placer en insultar à la inocencia. Pero ya no era tiempo aquel en que pudiesen aprovechar las precauciones; y la misera fue cogida.

Cual oveja triste entre lobos carniceros, asi se vió la pobre entre aquellos desalmados. El aspecto venerable, la palidéz del rostro, el traje de su instituto, atizaban el incendio de la colera de los impíos furiosos; pero esto mismo era un gran beneficio para la paciente, pues asi se sofocaba en ellos la llama de otra pasion infinitamente mas temíble para la Esposa de Dios, la cual por lo mismo tuvo que sufrir todo lo mas amargo que pueden inventar la crueldad y la fiereza.

Caian sobre ella los improprios mas sensibles. La arrebataban con impetu y la llevaban, ó mas bien la arrastraban de una parte à otra. La asian fuertemente de los brazos y se los lastimaban. Le daban empujones violentos por direcciones contrarias, atropellandola de un modo el mas cruel. Le arañaban con fiereza el rostro, le rasgaban los vestidos,

le daban crueles golpes en la cabeza, pechos, y espaldas, la punzaban con los sables y ella desfallecida caía..... ¡Miseró de mí!..... Pero aun no estaba muerta.

Dos de aquellos monstruos arremetían de sus bayonetas, se las clavaban en los muslos, la levantaban en alto, y así la llevaban con grande algazára, cuando la triste aun movia los ojos y los labios..... ¡Ay! el corazón desfallece. ¿Y como he podido acabar de escribir un suceso tan eminentemente cruel, sin que me haya caído la pluma de la mano? Después la echaban à las llamas.

Al que lo contaba, muy poco después de la funesta tragedia, cuando el caso era aun muy reciente, y del cual se suponía testigo de vista, se le reparaba del todo horrorizado, y en su gesto se traslucía todavía el espanto. Y yo confieso que al escribirlo después de diez y nueve años que pasó, no puedo pararme en su consideración sin experimentar unos sentimientos amarguísimos, que me penetran las entrañas, y me causan el mas vivo dolor.

No, un suceso tan atroz, todo bien mirado, no tiene egemplar. Cotejense las circunstan-

cias mas notables, y se hallará que este bárbaro asesinato es unico y singular en linea de crueldad y fiereza. Tanto furor cebandose de tan varios y crueles modos en una triste muger, anciana, enferma, virgen consagrada á Dios, no se vió jamás en ningun asalto, ni en la toma de ninguna Ciudad, excepto solo Tarragona. No, ni en la toma de Troya por los Griegos, ni en la de Jerusalem por los Caldeos, y despues por los Romanos, ni en la de Roma por los Barbaros, se lee una atrocidad semejante; y es, que ni las tropas de Aquiles, ni las de Nabucodonosor, ni las de Tito, ni las de Alarico, eran tan inhumanas ni tan impias como las del architirano Napoleon. ¿Y de tanta impiedad é inhumanidad fue la mas señalada victima, una Monja Franciscana, despues que se habian ensayado en los Frailes Franciscos? He aqui pues el particular odio y rabia que aquellas tropas desalmadas habian concebido contra estos religiosos y contra todo cuanto les pertenecía.

El cuerpo de esta ultima victima, los de sus dos compañeras, y los de sus hermanos los Frailes asesinados, nunca jamas compare-

cieron, y se tiene por cierto que los quemaron todos, juntos con otros muchos, y que los redujeron á cenizas. Pero apartemos ya la vista de tan horrible tragedia, pues ya el animo no la sufre.

Por lo que toca à las casas ó Conventos, el de las Religiosas quedó enteramente demantelado, agujereado por varias partes, casi todas las celdas destruidas, las oficinas inservibles, la Iglesia saqueada y profanada, los altares derribados, y todo enteramente desolado.

El de los Frailes he dicho ya, que no presentaba mas que montones de escombros. Desaparecieron los tejados, los pisos estaban hundidos, ya ni tan solamente se conocia en donde habian estado las celdas, la Iglesia y la Sacristía eran otros tantos pedregales de sus mismas ruinas, lo mismo era de la cocina y del refectorio, las paredes maestras demoronadas, y hasta los fundamentos se habian resentido. Todo era efecto de la multitud de balas, bombas y granadas que contra este edificio se dispararon directamente durante el sitio, y de la rabia con que despues

del asalto lo acabaron de destrozarse los enemigos. (2)

Quedan pues referidos los padecimientos de los Franciscos de Tarragona, y de sus Monjas, en la fatal entrada del ejército de Bonaparte en aquella desventurada Ciudad. Vease si no corresponden al título de este artículo, en donde los llamé grandes: *grandes padecimientos*. ¿Que condición ni que otra clase de ciudadanos los puede contar mayores? No creo que haya nadie que al leerlos con reflexión, no se sienta conmovido de un cierto horror.

Ahora solo me resta expresar aquí los nombres y el carácter de los asesinados, así de los Frailes, como de las Monjas. ¿Quién

(2) Una de las pérdidas más considerables de aquellos destrozos, fué la de la gran y escogida Biblioteca, de la que el sabio Arcediano de aquella Catedral, D. Raimundo Foguét, había hecho donación al Convento. Desaparecieron para siempre millares de volúmenes y otros monumentos preciosos, que eran un muy principal adorno de aquella casa religiosa, y cuya falta no queda esperanza alguna de poderse suplir. No se puede dudar que la toma de Tarragona por las tropas de Bonaparte, fue particularmente aciaga para los Franciscos.

me negará que sean dignos de eterna memoria, aun solamente por haber sido el blanco de las crueldades de los soldados de Napoleon, esto es, del mas violento de todos los tiranos?

RELIGIOSOS ASESINADOS.

El P. Fr. José Suñé Organista del Convento, Religioso egemplar y muy devoto, casi ciego, á quien mataron cuando lo hallaron tropezando y haciendo esfuerzos para refugiarse en alguna casa de la ciudad.

El P. Fr. Antonio Faulì, Predicador General, muy anciano. A este le mataron á golpes y á cuchilladas en el Convento de donde no habia podido, ó no habia tenido animo para salir.

El P. Fr. Francisco Dordal Predicador, anciano tambien, el cual por espacio de muchos años habia sido Vicario del Convento, estimado de los religiosos y de los seglares, por su buen modo é inclinacion á servir á todos. Este es el que tan cruelmente atormentaron, hasta que le compelieron á entrar en la hoguera, en donde quemado y sofocado espiró.

RELIGIOSAS MUERTAS EN LA TRAGEDIA.

La M. Rosa Maria Cabestany que habia sido Abadesa, y se hallaba paralicada é imposibilitada de moverse por sí misma.

Sor Brigida Balcélls, que se hallaba enferma de cuidado y viaticada. A estas dos no se les quitó la vida con el cuchillo; pero se les

ARTÍCULO VIII.

Se trata de lo que padecieron otros Conventos pertenecientes á los Franciscos de Cataluña, en aquel mismo tiempo.

Hasta aqui he seguido el orden del tiempo en que padecieron los conventos, dando á cada uno su artículo separado. Pero envolviendo ahora á los restantes en un artículo aceleró evidentemente la muerte con el susto y el espanto que concibieron por las miradas furiosas, por la griteria, por las amenazas, y por los fieros ademanes de los enemigos. La primera fué trasladada á Reus, en donde vivió muy poco tiempo. La otra fué llevada al hospital de la ciudad, en donde murió al cabo de pocos dias.

Sor Maria-Josefa Mestres, asesinada ciertamente. ¿Seria esta á la que mataron postrada en el acto de coger con la lengua las Hostias consagradas? Yo no hallo otra á quien pueda convenir el caso, por otra parte cierto.

Sor Maria-Manuela Casas, Presidenta que era del Convento. Esta es la que iba huyendo con el Crucifijo en la mano, y que alcanzada por las Furias que la iban perseguiendo, cayó

solo, tengo motivos por no guardar el mismo orden, sino otro que no se aviene con el del tiempo. Asi me ha parecido debo hacerlo, habiendo referido ya la grande catastrofe de Tarragona, despues de la cual, prefiero seguir el orden que juzgo podrá interesar mas á mis lectores, sin faltar no obs-

muerta á sablazos y á bayonetazos.

La M. Antonia-Maria Pastós, que por muchos años habia gobernado el Convento en calidad de Abadesa. Esta es aquella triste victima contra la cual desfogaron los barbaros toda su rabia del modo y con la fiereza que he referido, y que me guardaré bien de volver á referir. Esta es la que instandola yo (cuando el peligro era ya muy cierto) para que se viniese conmigo, prometiendole que yo la colocaria en lugar seguro, me respondió, suspirando y gimiendo, que no se sentia con bastantes fuerzas para salir de un tejado, que mas de cuarenta años habia que le servia de abrigo y de custodia á su cuerpo. Y al mismo tiempo me recomendaba, llorando, dos monjitas jovenes que traia de la mano, suplicandome que las tomase, é hiciese con ambas los buenos oficios que yo prometia hacer con ella; lo que cumplí con mucho gusto. ¡Pobre! ¿Quien habia de decirle?..... Sin embargo, yo, aunque en general, le insinué lo que podia suceder, y lo que en efecto sucedió. ¡Recuerdos tristes!

tante en un punto á la verdad de la historia.

Desde luego se llama la atencion el Convento de Cardona, que era un bello edificio, y cuyos Frailes eran el consuelo de los pueblos de aquellas montañas, especialmente por lo que toca á la administracion del Sacramento de la Penitencia. Aquel Convento de Franciscos fue pues enteramente arrasado, en esta guerra asoladora, de modo que no quedò piedra sobre piedra de un edificio tan hermoso.

Yo sé muy bien, que tan grande ruina no fue inmediatamente obra de los enemigos. Fue nuestro General Laci quien lo mandó demoler. Si con necesidad ó sin ella, no me toca á mi juzgarlo: oí decir que no habia tanta precision, y que, en todo caso, lo que podia temerse se pudo prevenir con mucho menos coste, y sin aquellas ruinas lamentables. Pero sea de esto lo que fuese, sobre lo que, como he dicho, ni quiero ni puedo constituirme juez, lo cierto es que tan grande destrozo fue efecto de aquella guerra, y ademas, que no pudo dejar de ser muy grato al enemigo, segun el odio manifesto que tenia á los Frailes, y finalmente, que las resultas contra los po-

bres Franciscos, siempre fueron las mismas: es decir con toda verdad y con toda propiedad, que su Convento de Cardona desapareció totalmente por la guerra de Napoleon. ¿Es de poca consideracion esta perdida para los Franciscos de Cataluña?

El Convento de S. Salvio de Cladells sufrió de los enemigos, daños incalculables. Fue saqueado repetidas veces, y en cada una no quedaban mas que las paredes, y lo que era absolutamente imposible llevarse las Furias. Como este Convento está situado en un monte desierto, separado de toda poblacion, y no muy distante de Gerona, se hallaba mas expuesto á las continuas correrias y á la rapacidad de aquellas feroces tropas. Además, estas habian llegado á mirarle con ojeriza particular, como el Sr. Obispo de Gerona se lo avisó á los Frailes, los cuales, por consiguiente, vivian en un continuo sobresalto.

Cuando veían, pues el peligro proximo, y que se acercaban los enemigos, huían los pobres, llevandose lo que podian, por no perderlo todo; y se apresuraban á esconderse en aquellos bosques, salvando sus vidas entre

matorrales y cubiertos de zarzas. Cuando saliendo de sus tristes guaridas, volvian despues al Convento, hallaban los estragos recientes, que procuraban reparar en cuanto á lo mas necesario, solamente, pues siempre quedaban en peligro inminente de experimentar otros nuevos.

En una de estas incursiones, siempre fatales para aquel Convento, mataron á un pobre Religioso, que, como los demàs, se habia escondido en el bosque. Un perro demasiadamente fiel, como queriendo avisarle del peligro, lo descubrió, y por este accidente, fue victima de la crueldad de los barbaros, los cuales, sin ningun miramiento, despues de varios insultos lo asesinaron. Era este un Fraile lego perteneciente al Colegio de los Franciscos de Vich, en donde servia de hortelano, el cual, en uno de los peligros que corrió su Comunidad por causa de los mismos enemigos, se habia refugiado en este Convento de S. Salvio; y en donde pensó hallar seguridad, halló el misero una muerte cruel. Era su nombre: Fr. Bartolomé Batalla.

Subieron un dia al monte, mas furiosos

que nunca, con la determinacion, segun se vió, de no dejar alli ni un solo Fraile con vida, sorprendiendolos á todos. Los Frailes, que nunca vivian descuydados, lo entendieron, y, como las otras veces, se escaparon. Cuando llegaron los monstruos sedientos de sangre, y no hallaron de quien derramarla, como se habian prometido; rabiando de despecho, hicieron los mayores estragos.

Parece que en despique, se propusieron demoler el Convento, pues despues de haber destruido cuanto por el pronto pudieron, le pegaron fuego por diferentes partes, y quedò ardiendo, continuando el fuego por algunos dias. Asi quedò inhabitable aquel edificio, cuya mayor y mejor parte hundiendose, no presentó ya mas que un monton de ruinas, de confusos escombros y de piedras calcinadas. He aqui lo que padeció el Convento de S. Salvio.

El de Momblanch no tuvo mejor suerte. Despues de saqueado y desmantelado enteramente, despues de arruinadas muchas celdas, arrancadas las puertas y las ventanas, y hechas astillas y echadas al fuego; despues de

haber hecho lo mismo en la Iglesia, derribados los altares y hechos pedazos; despues que ya no quedaba en lo interior del Convento, mueble, ni adorno, ni cosa alguna que se pudiesen llevar, ó que les fuese facil de destruir; pegaron fuego al edificio paraque las llamas hiciesen pronto lo que con las manos, sin gastar mucho tiempo, era imposible hacer. Hecha esta infernal operacion, se fueron los iniquos, llevando el botin de su iniquidad, y dejando ardiendo el Convento que acababan de desolar.

Como el edificio está situado junto á la poblacion, era de temer que se comunicase el incendio á las casas contiguas, y que asi pasase el daño à ser universal. Por esta razon, y tambien por el amor que tenian á los Frailes acudieron los vecinos al remedio, luego que entendieron que los enemigos estaban ya á alguna distancia. Pero acudieron cuando ya las llamas habian hecho notables estragos. Sin embargo á fuerza de actividad y diligencia las contuvieron paraque no los hiciesen mayores. Con que se libró el Convento de su ultima y total ruina; pues faltando el socorro,

y segun habia prendido el incendio, era indispensable verse reducido pronto à pavesas y á cenizas.

Con todo eso, los daños fueron notables; y toda la obra se resintió tanto, que fue necesario mucho tiempo y mucho gasto para volverla á su pristino estado, ó alomenos paraque los Frailes pudiesen morar alli sin mucha incomodidad: Si: tambien el Convento de los Franciscos de Momblanch se acordará para siempre de la epoca fatal del tirano Napoleon.

Tambien tiene motivos para acordarse el Colegio de Sto. Tomas de Vich, que tuvo la desgracia de servir de albergue, alomenos dos veces, á una porcion de tropas enemigas. La vez primera sirvió como de presidio á unos quinientos soldados, los cuales se mostraron como otras tantas Arpías, segun lo que devoraron, pillaron, emporcaron, destrozaron y echaron á perder.

Como este Colegio, aunque de Frailes Franciscos, tiene sus posesiones por expresa concesion del Papa, lo hallaron bien provisto de todo. Habia un buen acopio de trigo y

de otras semillas, por la abundante cosecha de aquel año; mas ni un grano dejaron las arpías. Tambien colaron todo el vino. Se llevaron todos los muebles de las oficinas con todos los utensilios, como tambien toda la ropa y alhajas de los religiosos. Hicieron un notable destrozo en la Biblioteca, que era muy apreciable por el numero de volumenes y por su cualidad. Todas estas cosas las habian escondido los religiosos; pero las furias hallaron el secreto, y todo se perdió.

Despues de devorar y de pillar, se dieron à destruir. Quemaron mesas, bancos, tablas de las camas, puertas, ventanas &c. y arruinaron casi la mitad de un bosque considerable de robles, contiguo al Colegio. En la iglesia cometieron mil desacatos eminentemente sacrilegos. Hallaron las sagrados Aras que tambien estaban escondidas, y las hicieron trozos. Sacaron de sus lugares à varias imagenes, y se entretuvieron en poner á cada una, alguna cosa ridícula en las manos, dejandolas asi en el suelo, con tal disposicion, que excitasen á la burla y al desprecio. A las pintadas en lienzo, las taladraron ó las hi-

cieron pedazos con los sables.

A una estatua de S. Antonio, le quitaron el niño Jesus de los brazos, el cual desapareció, ni pudo hallarse jamas. Se deja bien entender lo que del niño harian aquellos hombres impios, segun el odio que manifestaban tener à su Dios y Redentor. Finalmente para poner el sello à su extrema impiedad, se entretuvieron en ensuciar y emporcar las paredes de aquel lugar santo. Todo esto sucedió la primera vez que ocuparon el Colegio.

En la segunda mansion que hicieron alli, fueron todavia mayores los estragos. En el espacio de ocho meses, que pasaron desde la primera devastacion, habian reparado los Frailes mucho de lo destruido, y se habian vuelto à proveer de lo necesario en muebles, en ropa, en viveres. Al cabo pues de ese tiempo, volvieron los insaciabes Caríbes á devorar, à pillar, y á destruir de nuevo, como en efecto todo otra vez lo consumieron y nada dejaron. En esta mansion no quisieron fatigarse, para mantener la lumbre, en cortar leña del bosque, que tenian alli inmediato; sino que asieron, para el efecto de toda la

madera que habia en casa; y cuando no hubo ya mas puertas, ni ventanas, ni tablas, &c. con que mantener el fuego; fueron á la Iglesia; derribaron los altares que eran de madera, los hicieron astillas, y asi tuvieron bastante y aun sobrada leña para todo el tiempo que estuvieron allí.

Con esta abundancia, quedaba todavia un altar, que no les era menester para aquel servicio. Y ¡que malicia, Dios mio! le pegaron fuego, asi como estaba colocado en la misma iglesia, à fin de que nada en este genero, quedase por destruir. Ardió en efecto el altar; y (me es imposible callarlo) la imagen grande de Jesucristo crucificado, que estaba en medio del altar mismo, quedó ilesa en su lugar, y sin el mas leve tizne.

Esto, ya se ve, es un prodigio, del cual aterrados, sin duda, los impios, dejaron la imagen intacta en el lugar mismo, lo que es otro prodigio todavia mayor, y que yo tengo por mas grande, que el trasladar los montes de una parte à otra. Cuento un hecho cierto y bien averiguado. ¿Y porque no he de contarlo? Jamàs la incredulidad alcan-

zará á ver que la omnipotente mano de Jesucristo quede abreviada. Yo mismo vi despues la imagen entera é intacta sin la mas leve lesion ni aun sombra del humo, tanto en si misma, como en su cruz, siendo todo de madera.

Pero en recompensa, desfogaron su rabia los malignos en los restos de la preciosa biblioteca, quemando casi todos los libros, dejando muy pocos, y aun estos truncados, mutilados y emporcados. Con esto perdió el Colegio un tesoro, que le es casi imposible volver á poseer. Asi consumaron las segundas furias lo que habian comenzado y aun adelantado las primeras tanto en los destrozos de la Biblioteca, como de la Iglesia, y como de todo lo demás de esta casa de los Franciscos.

Aun tuvo que sufrir en otras ocasiones, por las correrias siempre infaustas de tan implacables enemigos. Pero, ó porque las otras veces se detuvieron allí poco tiempo, ó mas bien porque no habia ya gran cosa que pillar, no me detengo en referir los daños que no fueron tan considerables como los referidos. Mis lectores daràn por supuesto que los Frai-

les desamparaban la casa, cuando se acercaba la tempestad, á fin de salvar sus vidas, ya que no podían salvar sus haberes. El Colegio de Sto. Tomas de Vich llorará siglos enteros los estragos de esta guerra asoladora.

No los llorará menos el Convento de Castellon de Ampurias. Como no está muy distante de Gerona, tuvo que sufrir mucho de la furia de aquellos génius exterminadores. Y esto no una vez sola, sino muchas, ya antes del sitio, ya durante el sitio, ya despues de la rendicion de aquella celebre Ciudad. Varios saqueos, muchos y muy considerables destrozos en la Iglesia, en las celdas, en lo restante del Convento. Pero ¿de que sirve repetir siempre unas mismas cosas? Por no molestar, no lo haré en adelante.

Bastará advertir que en todas partes donde iban à parar, mayormente si eran Conventos, y Conventos de Franciscos, siempre eran los mismos aquellos apoliones, (*Apollion, latine exterminans*, como se lee en el Apocalipsis), siempre dejaban tras de si las mismas impiedades, los mismos sacrilegios, las mismas ruinas, los mismos exterminios

de mayor ó de menor consideracion, segun era el impetu que les comunicaba el angel malo que era su gefe: Apolion, ó Napoleon, que entonces era todo uno.

A la par del convento de los Frailes Franciscos de Castellon de Ampurias, padeci6 el de las Monjas Franciscanas de la misma poblacion, el cual ya desde el principio tuvieron que abandonar las pobres religiosas, por no exponer sus vidas ni su honor á tan inminentes peligros. Despues hallaron los grandes destrozos que padeci6 su casa, asi como hallaron los Frailes los que padeci6 la suya. Unos y otros saben cuento cost6 repararlas y volverlas habitables.

El convento de Figueras, perteneciente á la Santa Recoleccion, fué desgraciado ya desde el principio; pues, como saben todos, aun antes de las hostilidades de aquella guerra funesta, ya los enemigos, con la mas negra felonía, se habian apoderado de aquella insigne fortaleza, grande entre las de primer orden. Fué esta una desgracia para toda la nacion; pero fué muy particular para el dicho Convento, que desde entonces estuvo

permanentemente expuesto à toda la malignidad de los despotas feroces.

En efecto el Convento les llamó desde luego la atencion, y le hicieron servir á sus antojos, de hospital, de almacén, de abrigo de sus impiedades, y finalmente fué el blanco de sus furias. Al último quedó tan mal parado, tan deshecho y en tan mal estado, que se debe contar en el número de los enteramente arruinados. No se juzgó por conveniente el que se restaurase de sus ruinas, sino que se edificó en otro lugar de nuevo.

El de Balaguer, como tan cerca de Lerida, y casi à la vista del tirano Henriot, tambien padeció mucho; esto es, lo acostumbrado del pillaje, de las profanaciones, de los destrozos &c. Esto debe entenderse del Convento de los Frailes; pues por lo que toca al de las Monjas, que tambien son Franciscanas, padeció todavía mucho mas. En pocas palabras: el convento de las Monjas quedó absolutamente inhabitable, sin tejados, sin edificios interiores, con solas las paredes exteriores, y aun no bien enteras, sino muy mal tratadas. Costó muchos miles antes que

las religiosas pudiesen volver à habitarlo. Lo sé bien.

El de Bellpuig, aunque, como ya de jo referido, se salvò por algun tiempo, con las trazas y diligencias de su piadoso Síndico; cayò tambien finalmente en las uñas de las arpías. Fueron allá, pillaron, destruyeron, tambien profanaron, tambien emporcaron. Notables fueron los destrozos en la habitacion de los religiosos y en la Iglesia. Pero los que sufrió el famoso Mausoleo del Duque de Sesa, Fundador del Convento, son irreparables.

Violaron los impios aquel magnifico sepulcro, digno objeto de la admiracion de los Españoles, y de los estrangeros. Mutilaron algunas de aquellas estatuas de marmol finísimo y de un primor singular. Descubrieron el sarcòfago del cadaver del Duque, levantando la gran piedra primorosamente labrada que lo cubre; hallaron el cuerpo entero, todo lo registraron, tambien de alli pillaron, pues movió su codicia la preciosidad del puño del espadin que tenia el cadaver al lado, y se lo llevaron. *¡ Quid non mortalia pectora cogis auri sacra fames!*

El convento de los PP. Recoletos de Tortosa, ya desde el principio fué hospital de las tropas españolas, para lo que le cedieron de buena voluntad aquellos religiosos, como muy amantes del bien de la Patria, inseparable entonces, de un modo muy particular, del bien de la Religion. Despues lo ocuparon los enemigos, y sirvió á su impiedad á su rapacidad, á su brutalidad, á su rabia y á su furor. Cuando lo dejaron, quedó exhausto de todo, del todo desmantelado; y quedó tal en suma, que fué necesario no solo moblarlo de nuevo enteramente, sino, en cuanto al interior, reedificarlo casi todo tambien de nuevo.

Temo que mis lectores no se fatiguen demasiado, concibiendo un cierto fastidio con la lectura seguida de tantos sucesos desagradables, los cuales, aunque se diferencien por lo que toca à los sugetos pacientes, siempre son muy semejantes en sí mismos, lo que naturalmente podrá engendrar algun tedio. Quietose pues ocurrir à este inconveniente, y no siendome ya mas necesario individuar los estragos padecidos, solo nombraré los restan-

tes conventos que los padecieron.

Los de Cervera y Agramun, sufrieron las tropelias acostumbradas de aquellas tropas exterminadoras. Y los de Torá y Calaf, por mas retirados que estén hácia el interior de la Provincia, no pudieron quedar inmunes. Los de Alcover y Riudoms padecieron fuertes descalabros. Mayores los padeció el de Villafranca del Panadés, por estar contiguo á la gran carretera de Barcelona, y por consiguiente siempre expuesto à las continuas incursiones de los enemigos.

Tambien tuvo que sufrir mucho el del Remedio de Vich, en las varias ocasiones que ocuparon las furias aquellos llanos, segun queda insinuado en la relacion de los padecimientos del Colegio de Sto. Tomas. Tampoco se escapò del pillage ni de varios estragos el pequeño Convento, ó sea Hospicio, que tienen los Franciscos en Sta. Coloma de Farnés.

Restan solo los Conventos de Sampedor, de Berga, del Abisbal, de Tarrasa y de Mora de Ebro. Tambien tuvieron que sufrir, á todos llegó el azote; y ni uno tan solo hay, que despues de diez y ocho años, no tenga

á la vista tristes y dolorosos recuerdos de los grandes estragos que hicieron y que ocasionaron aquellos Caríbes modernos.

Quedan pues referidos los padecimientos de los Franciscos de Cataluña, en la guerra asoladora que fue necesario sostener contra la tiranía de Bonaparte. Son tantos y tan grandes, que no creo yo que ninguna otra grande corporacion del Principado los pueda contar mayores. Tantos saqueos, tantas ruinas, tantas muertes, tanta crueldad, tanta fiereza, tan grandes destrozos en fin, prueban una rabia particular y un odio extremo por parte de los enemigos; y al mismo tiempo un grande y particular celo en favor de la buena causa que contra ellos se defendia, por parte de los Frailes.

¿Qien ignora, ni quien podrá negar que estas dos cosas, especialmente en aquel tiempo y en aquellas circunstancias, se seguian infaliblemente la una de la otra? No era Napoleon del numero de aquellos enemigos generosos que manifiestan hacer aprecio de la virtud aun en sus contrarios. Pero su odio implacable siempre se manifestaba mas cruel y

mas atròz contra aquellos adversarios que con mayor celo y virtud cumplan sus deberes mas sagrados. Esta era una regla constantemente observada de aquel tirano y de sus satelites. Por consiguiente la fidelidad heroica y el gran celo de los Franciscos en aquella guerra cruel, tendrá un testimonio eterno é infalible en aquellos mismos padecimientos que acabo de referir, tratando de la misma.

Quiero presentar tan ilustre testimonio con toda la luz y claridad que me sea posible. Y creo no lo tendrán á mal mis lectores; los cuales por otra parte deben considerar cuanto debo yo interesarme en que las verdaderas glorias de mis hermanos se hagan patentes à todos del mejor modo que ser pueda. Y como lo mucho que padecieron por su gran celo en favor de la buena causa, en toda esta época de mi historia, está disperso en tantos artículos, cuantos son los en que por necesidad he tenido que dividir este largo capítulo, voy ahora á resumirlo todo en un solo artículo separado, poniendolo bajo un solo punto de vista. Asi mis lectores lo veràn mas claro, y mas fa-

cilmente podrán comprenderlo para formar el debido juicio. No les seré molesto ; antes espero que me lo agradecerán.

ARTÍCULO ULTIMO.

Resumen de lo que padecieron los Franciscos de Cataluña en la guerra de Napoleon.

Ruinas, incendios, destrozos, saqueos, profanaciones, deportaciones crueles, tratamientos barbaros, asesinatos fieros, muertes horribles; y por consiguiente una disminucion pasmosa del numero ordinario de individuos: he aqui en general lo que consta de los articulos antecedentes, que sufrieron los Frailes Franciscos de Cataluña, en esa guerra de Bonaparte. No hay duda en que los otros ordenes, clases y estados del Principado, sufrieron tambien, y que tuvieron todos su parte, cual mas, cual menos, en estos errores. Pero si todo se mira bien, se verá, haciendo un cotejo exacto, que en los Franciscos se halla algo de particular, digno de ser notado, y que

no puede menos de llevarse la atencion y aun la admiracion universal.

Consta de lo referido en los articulos antecedentes, que de los treinta y dos Conventos que tienen los Franciscos en el Principado, cuatro fueron enteramente arruinados ó asolados, otros dos incendiados, otros veinte saqueados, en los mas de estos ultimos las Iglesias profanadas, parte de las celdas derribadas, todos los muebles ó pillados, ó hechos pedazos, ó quemados; y consta que de los pocos Conventos restantes ni uno tan solo quedó sin haber padecido notables descalabros.

Compárece ahora clase con clase, corporacion con corporacion, cosas con cosas. Creo que todos verán alguna particularidad en los Franciscos, en cuanto al padecer sus Conventos, aunque yo no me detenga mas en explicarla. Sin embargo no puedo dejar de preguntar aqui de paso: ¿Que corporacion hay en Cataluña, que de aquel tiempo pueda contar mayores exterminios?

Consta que cuando los Frailes huian de la furia de los enemigos, eran perseguidos de

estos, como se persigue à las fieras en los bosques, y que si los hallaban, los despedazaban, como sucedió en S. Salvio y en Horta. Consta que si en algun Convento hallaban algunos que no hubiesen podido huir por viejos, ó enfermos, ó en fin por otra razon imposibilitados, los trataban con una crueldad inaudita, çargandoles de ignominias é improperios, dandoles fieros golpes y bofetadas, derribandolos por el suelo, precipitandolos de escaleras abajo, haciendoles sufrir otros tormentos, y poniendolos en otras angustias aun mas amargas que la muerte, como sucedió en Escornalbou.

Consta que cuando tomaban alguna plaza por asalto, siempre eran los Franciscos de un modo particular, el blanco de su furor; que para estos nunca habia cuartel, que los buscaban con las mas exquisitas diligencias, que ponian talla á sus cabezas, que hallandolos desfogaban en ellos todo el lleno de su rabia; que no se contentaban con quitarles la vida, sino que añadian el sumo de la fiereza y de la crueldad; que acribillandolos pausadamente á bayonetazos, los echaban à un rio, aun no bien muertos,

y respirando todavía por las heridas; que para infundirles terror, los arrastraban por encima de cadáveres recientemente despedazados; que los presentaban delante de las hogueras, y que á empellones y á sablazos les obligaban á dejarse caer vivos en ellas. Todo lo hemos visto en la toma de Lerida y Tarragona.

Mas hemos visto todavía en esta última; y es, que el implacable odio concebido contra los Frailes Franciscos, pasó á egercer su furor tambien contra las Monjas Franciscanas; que cinco de estas fueron victimas tristes de la misma rabia; que tres fueron asesinadas del modo mas impio, cruel, y barbaro; y que en el asesinato de una de ellas, la impiedad, la crueldad, la barbarie y la fiereza traspasaron todas las medidas, y llegaron á tan alto punto, que este suceso tragico no puede colocarse en ninguna clase, sino que es particular y solo, tal es el singular horror que inspira.

Debo recordar tambien, que en el acto de su furia, cuando los asesinos buscaban á los Franciscos, á nadie perdonaban, fuese

quien fuese, como le hallasen en el Convento de estos Frailes, y aunque no fuese sino en algun otro lugar que les perteneciese. Esto era como un delito de muerte para cualquiera, fuese hombre, fuese muger, fuese niño, á todos quitaban la vida, solo por encontrarlos allí. ¡Que rabia! ¡Que odio descomunal! Consta todo de lo que hicieron en los conventos de Lerida y de Horta, como queda referido en su propio lugar.

Consta que en distintas veces se llevaron, aherrojados, á Francia, á mas de setenta de estos mismos Frailes, y esto despues de haber dado palabra que no los tocarian, y que quebrantaron con la mas negra felonía; que en el camino les trataron peor que á esclavos; que nada les suministraban para alimentarse; y que hubieran perecido de hambre, á no ser por la caridad de los fieles; que les apaleaban cruelmente, y que les agujoneaban como á las bestias; que en Francia murieron varios del cansancio, de las fatigas, de los sustos y de los malos tratamientos; que algunos, por una ley que que no les comprendia, fueron condenados

á trabajar en las obras publicas, con todas las penalidades y la ignominia que van anejas á semejante destino. Todo esto consta de los artículos pertenecientes á los Conventos de Gerona y Reus.

Consta que en general los demas Frailes de la Provincia, nunca pudieron morar de fijo en sus conventos, sino á temporadas y aun despavoridos siempre y entre continuos sobresaltos. Consta de sus frequentas y precipitadas huidas, á causa de las continuas correrias de los enemigos por todas partes. Esto en parte queda referido, y en parte se ve por los grandes descalabros y por los muchisimos saqueos que sufrieron sus conventos, los cuales se supone que desamparaban los Frailes por no exponerse claramente á experimentar la crueldad y fiereza, de que sabian habian sido tristes victimas muchos de sus hermanos.

Huian pues los pobres al acercarse los enemigos, prefiriendo entregarse á unos trabajos por evitar otros mayores. Huian por los montes, se escondian, como podian, en las breñas, entre peñascos, ò dentro de las

cuevas y concavidades. Padecian hambre, sed, desnudéz, sustos continuados, y todo lo demas que era indispensable en semejantes huidas. Bien lo saben los que se vieron en estos casos. Pero reputaban todos estos males por infinitamente mas tolerables, que verse en manos de unos monstruos que tenian un deleite particular en poder derramar su sangre y saciarse de sus penas.

Todo consta de los articulos antecedentes, y de los mismos y de los capitulos que les preceden, consta tambien, que muchos Frailes se refugiaban á otros Conventos, alomenos interinamente; pero que no era sino para haberlos de abandonar tambien à no tardar, por evitar los mismos peligros. De este modo tenian que vivir los miseros, mientras que no morian, en una agitacion continuada y la mas violenta, y sin ningun reposo. Con esta predisposicion fatal, se alistaban muchos, como dejamos notado tambien, para el servicio de los hospitales contagiados por la mayor parte.

Este es el pequeño cuadro que representa los padecimientos de los Franciscos de Cataluña en la guerra de Napoleon. En poco

tiempo pueden mis lectores pasar por èl los ojos, y con mucha facilidad enterarse de todo. Sin embargo quiero aun reducirlo mas y ponerlo bajo un solo punto de vista. Helo aqui:

— Treinta y dos conventos (este es el numero total de los del Principado) todos descalabrados, casi todos saqueados, la mayor parte enteramente desmantelados, algunos, y no pocos, assolados, ò arruinados, ò incendiados: Mas de mil Frailes violentados sucesivamente à abandonar sus claustros: un numero considerable de ellos aherrojados y deportados del modo mas barbaro y feróz; otros muertos de hambre ó de otras calamidades en los sitios y en los depositos; otros asesinados con una crueldad y fiereza inauditas; otros salvando sus vidas en subterranos, entre peñascos, y en los bosques, expuestos à todas las inclemencias; otros tragandose los miasmas pestíferos de los hospitales; y todos finalmente hechos el blanco de la rabia que inspiraba á sus tropas el mas cruel de todos los tiranos, extendiendose los furiosos accesos de esta rabia hasta contra las Monjas Franciscanas y hasta contra lo que

tenia alguna relacion con los mismos Frailes. — Este es el cuadro mas reducido, pero muy fiel, de lo que padecieron los Franciscos catalanes en aquella guerra fatal.

Era consiguiente à todo esto, que su numero se redujese mucho, como en efecto se redujo considerablemente. Yo hallo de cierto y positivo, que en los tres primeros años de la guerra, y dos meses y dias antes de la catastrophe de Tarragona, habia ya perdido esta Provincia Franciscana ducientos Frailes. De todos los que perdió despues, durando las mismas calamidades, no hallo datos tan fijos, pues la horrorosa tempestad trastornó hasta los aranceles. Pero yo sé que me quedo corto si añado otros cien à los dichos; con que serán por lo menos trescientos.

Cuento despues los que la misma tempestad impidió que entrasen para recuperar los perdidos; y tampoco exagero si digo que desde el año ocho hasta concluido el trece, no hubieran bajado de ducientos: conque podemos pues decir, sin violentar los terminos, que la guerra de Napoleon arrebató à la Provincia de los Franciscos de Cataluña quinien-

tos individuos por lo menos, que se acerca á la mitad del numero ordinario de antes; y aun eso sin entrar en la cuenta los que perecieron despues, de las resultas mortíferas de la guerra misma.

Ahora yo suplico à mis lectores, que se detengan aqui un momento, y que hagan alguna reflexion sobre tantas calamidades, tantos destrozos, tantas muertes, y algunas de ellas las mas crueles, y en fin sobre tanto como padecieron los Franciscos de Cataluña. Si no es ello haber sufrido lo mas terrible de aquella guerra atròz, si no es haber sido un objeto muy principal del odio de los enemigos, si no es haber experimentado todo el lleno de su furia; si todo no prueba en esos Frailes un celo particular en favor de la buena causa, si por lo mismo no son acreedores á una memoria eterna, y si no se les debe juzgar finalmente por muy benemeritos de la Religion, del Rey y de la Patria, por cuya causa lo padecieron todo: veanlo mis lectores, á cuya prudencia lo dejo; pues á mí me basta haberles puesto en claro los fundamentos paraque puedan facilmente formar el juicio.

CAPITULO X.

Se trata del modo con que se portaron los Franciscos de Cataluña, en orden á los proyectos y providencias de las primeras Cortes de Cadiz.

En la misma epoca de que voy hablando, se suscitaron en el Reino nuevos disturbios, que fueron motivo de nuevas penas para todos los leales y verdaderos españoles. Penas tanto mas sensibles, quanto que no provenian ya del enemigo extranjero que estaba asolando á la nacion, sino de unos domesticos autorizados, que hacian un juramento solemne de defenderla y de aplicar todos los medios posibles para salvarla.

Al ultimo tercio del año diez, quando el tirano hacia todos los esfuerzos para acabar de enseñorearse de toda la peninsula, se congregaron en Cadiz las Cortes generales y extraordinarias. Todo el mundo sabia que el principal, y aun el unico motivo de esta congregacion, era paraque, reunidos los votos y los esfuerzos de todas las provincias, se pro-

curase asegurar la antigua monarquía, echando fuera al enemigo que la tiranizaba: ni los vocales de aquellas Cortes tenían, propiamente hablando, otros poderes comunicados de las provincias que los habían elegido.

Pero por desgracia se propasaron desde luego; y en vez de fortificar á la nación reuniendola, la hicieron mas flaca dividiendola, de lo que sacaron los enemigos un gran partido. No aseguraron aquellas Cortes la antigua Constitucion Española, sino que hicieron una totalmente nueva. Pretendieron al pronto variar las leyes, los usos y las costumbres, que por tantos siglos habían hecho célebre á esta inclita nación; lo que produjo desde luego una confusion asombrosa en todos los ramos del gobierno. Pretendieron tocar tambien á la Religion, la cual todavía entonces era generalmente las delicias del pueblo español; y con esto se acabaron de acibarar los animos.

Yo no expreso sino lo que pasó á vista de todo el mundo, y lo que me es absolutamente necesario para tejer la historia de mis Franciscos Catalanes, en aquella epo-

ca fecunda en enredos, en desgracias y calamidades.

En el Principado de Cataluña se publicó la nueva aciága Constitucion, y se mandó tambien que la jurasen las comunidades religiosas, como en todas las otras Provincias del Reino, incluidas las Americas. Sobre este caso se portaron aqui los Franciscos entonces, asi como se portaron los mas celebres Prelados de España; es decir; como el sapientisimo Obispo de Pamplona, que despues fué Arzobispo de Valencia; como el virtuosisimo Obispo de Orense, que despues fué elegido Cardenal; y como otros insignes Obispos y Arzobispos de la Peninsula, dignos tambien, por su virtud y sabiduria de la veneracion y respeto de todos los venideros: es decir, que juraron entonces la nueva Constitucion, con la condicion precisa de si el Rey, volviendo de su cautiverio de Francia, la sancionase; pues sabian, ni se abstentian de decirlo claramente, que sin este prerequisite no tendria ninguna fuerza ni podria valer nada; y esto aun segun los principios, bien que capciosos, que habian adop-

tado los mismos autores de aquel código fatal.

Reconocieron pues siempre los Franciscos, que dependia absolutamente de la voluntad libre del Rey el que la nueva Constitucion obligase ó no obligase, y el que tuviese ó no tuviese fuerza de ley.

Otra cosa notable hay todavía, y es, que en todo aquel intervalo de tiempo que pasó desde que se publicó la nueva Constitucion en España hasta la llegada del Rey de su cautiverio de Francia, que fueron dos años completos, ni un solo Fraile Francisco hubo en Cataluña, que quisiese tomar partido en predicarla ni enseñarla al pueblo, siendo así que varios fueron instigados á que lo hiciesen. Este es un hecho notable, que significa mucho, y que no se teme pueda desmentirse. Hecho, que hace muy recomendables á los Franciscos catalanes, y que prueba no solo su grande precaucion sobre las novedades, por mas especiosas que se propongan, sino tambien su suma adhesion à las leyes y costumbres antiguas que hicieron feliz á la España.

No, lo repito, ni un solo Fraile Fran-

cisco catalan quiso encargarse de predicar la nueva Constitucion, en la época de que voy hablando, esto es, en tiempo de las primeras Cortes extraordinarias de Cadiz, sin embargo de ser reconocidas universalmente por soberanas, antes de la vuelta del Rey. Ello es mucho, como queda dicho; pero todavía es mas lo que voy á decir.

Cuando vieron estos Frailes, que de las nuevas instituciones se iban sacando consecuencias muy contrarias à la Iglesia, y en gran manera perjudiciales à la antigua fé de los españoles; se alarmaron al momento, ni pudieron [ya sufrir mas. Desde luego aquella misma Constitucion que, bajo la condicion sobredicha, y á egemplo de los mas insignes Prelados, habian jurado, pasó á ser el objeto de su execracion, y le cobraron un odio que jamás se apagó.

Desde entonces ya no se contentaron en rehusar predicarla á los pueblos, sino que por el contrario se esmeraron en desacreditarla, pintandola como la caja de Pandóra; pues que de ella, aunque contuviese cosas buenas, se sacaban grandes males, muy fu-

nestos á la Monarquía, á la Patria, y en especial á la Religión, como ya la experiencia lo acreditaba.

Esta fué la pintura que de la nueva Constitución se hizo entre los Franciscos de Cataluña, luego que vieron los perjudiciales efectos de su practica; y sacaban la consecuencia de que un arbol, que daba tan malos frutos, no podia ser sino malo. Oí à muchos y hablé con muchos sobre este asunto y todos sustancialmente hacian la misma descripción del nuevo codice, luego que empezaron á ver sus pesimos resultados. Aseguro y protesto que ni á un solo Francisco oí, en aquella época, que usase de diferente lenguaje.

Aun hubo muchos, de lo que tambien soy testigo, que con toda libertad manifestaban en publico estas sus ideas; y aun algunos no se paraban en declararlas à sus auditorios desde los pulpitos. Tambien ví que estos ultimos, con su franqueza y denuedo, se atraian los aplausos del comun de las gentes, especialmente de los plebeyos; pero que tambien por lo mismo se hacian un objeto de odio para no pocos que ya idolatraban por las nuevas instituciones.

Se quejaban estos, murmuraban, y declamaban contra tales Predicadores, procuraban desacreditarles y aun les amenazaban. Pero en aquel tiempo el furor constitucional no se habia aun generalizado lo bastante para poder cometer las grandes tropelias que se cometieron despues, ni todavía habia llegado al alto punto, en que lo vió la epoca siguiente; pues de otra suerte, ya entonces, segun todas las apariencias, lo hubieran pasado muy mal no pocos Franciscos, por la libertad con que publicaban sus ideas.

Sin embargo, aun entonces, se maquinó contra algunos de estos generosos Frailes, especialmente en una grande poblacion del Principado, en la cual se habian reunido varios de los idolatras del nuevo sistema. Tenian estos sus juntas, en las cuales no se hablaba sino de Constitucion (este era todo su Dios), y del modo de arraigarla á cualesquiera costas. Fuese quien fuese que no se aviniese con su modo de pensar, pasaba á ser el blanco de su odio.

Habia pues en la poblacion insinuada dos ó tres Frailes Franciscos que se distinguian especialmente en predicar con su libertad acos-

tumbrada; contra los cuales concibieron tal rabia aquellos fanaticos, que, favoreciendoles las circunstancias, se temia muy proxima la violencia. A uno de estos predicadores, despues de su sermon, se le avisó secretamente, que si no se ausentaba, corria grande peligro. Y ¿por parte de quien he de temer? preguntò el Fraile. Por parte de los Constitucionales, se le contestó. Pues yo, respondió, yo, que huyo de los Franceses, no huyo por las amenazas de esos malos Españoles; y la cosa quedó asi. Pero él la hubiera pagado probablemente, sino que no tardò en saberse que las cosas de los Constitucionales no iban, por entonces, tan viento en popa, como se imaginaban algunos: con lo que calmaron un tanto los brios de aquellos eutusiasmos.

Asi se portaron los Franciscos de Cataluña, aun en aquella epoca, por lo tocante á la nueva Constitucion, luego que, como he dicho, vieron los pesimos efectos que resultaban de su practica.

En cuanto á los varios decretos exterminadores, que salieron de aquellas primeras Cortes, se puede asegurar que en ninguna otra clase del Reino, hallaron mayor ni mas cons-

tante oposicion, que en estos mismos Frailes, por lo que á ellos tocaba y por lo que podian hacer. Nunca cesaron de clamar, à las claras y sin rebozo, especialmente contra aquellos decretos que tocaban á las cosas eclesiasticas, como eran, las supresiones de beneficios, la disminucion del número de los ministros sagrados, la ocupacion de sus rentas, reduccion de conventos, reforma de frailes, limitacion de la libertad eclesiastica, coartacion ó mas bien aniquilacion de su inmunidad, tanto personal como real. Nunca, digo, cesaron de clamar contra estos y semejantes decretos, que si bien no salieron ni se formalizaron todos por entonces como pretendian los mas exaltados vocales, pero se proyectaron, y se discutieron, con mucho calor y empeño por mucho tiempo, y con gran sobresalto de la Iglesia, y con no menor escandalo de todos los buenos Españoles.

Si: clamaron siempre estos Franciscos (y yo soy testigo de sus clamores), que en todo caso, ninguna fuerza podian tener los tales decretos, ni los à ellos semejantes, por ser de una autoridad incompetente; que las Cor-

tes no tenían facultad para formarlos; que las Provincias no habían dado à sus vocales semejantes poderes; que no se los habían podido dar, porque las Provincias no los tenían; y que finalmente, eran estas unas verdades que se seguían inmediatamente de un principio de fé.

Ni se contentaron los dichos Frailes con difundir estas especies por toda la Cataluña, sino que alguno de ellos escribió con toda claridad lo mismo á algunos vocales de las Cortes, lamentandose de que en un Congreso como aquel, no se hiciesen cargo de unos principios tan inconcusos entre católicos.

Mas hay aun; pues no faltò entre los mismos Frailes, quien enviase una representacion, en forma de memorial, á todo el Congreso, insistiendo en lo mismo y diciendoselo claramente, aunque con el debido respeto. No son estas cosas, no, algunas ficciones acomodadas al tiempo: sino que son hechos ciertos y positivos, de los cuales existen todavia instrumentos autenticos é incontestables, que se exhibirán siempre que convenga.

Tambien clamaron contra el decreto infuasto de la libertad de imprenta, que redu-

cido á la practica llegó á ser un verdadero libertinaje; y que en poco tiempo produjo innumerables y gravísimos males, que aun llora la España, y tendrá todavia que llorarlos por mucho tiempo, si no se aplica un remedio eficaz, ó mas bien, si el cielo no lo remedia. Los Franciscos de Cataluña previeron estos daños, y los indicaron aun antes de suceder. Pero nada aprovecharon con ello, y les quedó solo la gloria de haberlos previsto é indicado. Sucedidos ya, trabajaron quanto pudieron, en atajarlos, alomenos para hacer que los estragos no fuesen tantos, como se verá en el capitulo siguiente.

Tampoco se abstuvieron de manifestar su dolor (aunque era peligroso manifestarlo) quando à instigacion de las mismas Cortes, se trató á los celosos Obispos retirados en Mallorca, y autores de una celebre Pastoral, con una dureza digna de los antiguos tiranos; quando se les mandó separar, y que cada uno fuese á su Obispado, ó al lugar mas cercano que no estuviere ocupado del enemigo; (aunque no cesaba el peligro de caer en manos del mismo enemigo implacable, que lleno de

furor los aguardaba). No se abstuvieron, digo, los Franciscos Catalanes de manifestar con energia sus sentimientos de dolor contra una providencia tan importuna, tan dura, tan cruel y tan tirana. Tampoco faltan instrumentos autenticos de estos sentimientos de dichos Frailes.

Lo mismo hicieron cuando por disposicion del mismo Congreso, fue echado de la Corte y de todo el Reino, el Nuncio de su Santidad, el Sr. Gravina. No hubo un Francisco en todo el Principado, que no marcasse à esta providencia por infausta, por cruel, en aquellas circunstancias, por antipolítica, por anticristiana, y aun por impía. Algunos de esos Frailes, luego que supieron este funesto fracaso, no pudieron contener las lagrimas, y gimieron sobre la suerte de la infeliz España. Entonces se les aumentó mucho la aversion que ya tenian al modo de proceder de aquellas Cortes y de aquel Gobierno.

Cuando salió el fatal decreto supresivo del santo Tribunal de la Inquisicion, no guardaron ya miras algunas, y pospuesto todo temor y recelo, hablaron publicamente de modo, que dieron bien á entender cuan poco caso

hacian de cuanto pudiese sucederles de adverso, en comparacion al cumulo de males á que precipitaban à la triste Iglesia Española, por aquel decreto destructor. Huvo alguno que no temió publicar estos sus sentimientos amargos, aun por medio de la imprenta, cuyo impreso tengo á la vista, y me parece prueba no poco valor de su autor, en aquellas circunstancias.

Hasta los legos Franciscos expresaban entonces, asi como podian, su pesar sobre los grandes inconvenientes del aciágo decreto, y tambien pronosticaban los gravísimos males que se debian seguir. Era muy facil el pronosticarlos, pues se ofrecian à la vista de cualquiera, aun del menos habil y menos sagáz. En suma los Franciscos catalanes se mostraron, en aquel tiempo, tan amantes de la Inquisicion, y tan contrarios à su supresion, que con mucho fundamento pudieron temer alguna absoluta del resentimiento de aquel Gobierno y de aquellas Cortes, que ponian su mayor empeño en infamarla y en destruirla. Pero nada era capaz de arredrar á los Frailes.

No puedo dejar de referir aqui, lo que

sucedió en Vich, con relacion à este asunto. Se saben los terminos, sumamente injuriosos al santo Tribunal, en que estaba concebido el decreto con que se mandaba suprimir. Se sabe el rigor conque procedia aquel gobierno en la egecucion del decreto. Y se sabe en fin el mandamiento perentorio que circulò por todas las Provincias, paraque se publicase en todas las Iglesias, en dias festivos, y en el ofertorio de la Misa mayor.

Sucedìo pues, que al tiempo en que se recibió aquel mandamiento en la Ciudad de Vich, se hallaba alli de huesped un cierto Francisco, que tenia alguna relacion con aquel Obispo que lo era entonces el Sr. Veán y Mola. Fue el religioso á visitarle, como acostumbra; y, aunque iba por otro asunto, su Ilma. le habló sobre el mandamiento que acababa de recibir del Gobierno, en orden á la publicacion del decreto, con todas las circunstancias referidas; y al mismo tiempo le pidió su parecer y dictamen sobre el caso.

El Fraile, que ya estaba bien enterado de todo, le respondiò sin titubear, y aun con algun fuego, que su parecer era: = que

la publicacion de aquel decreto, en la Iglesia, y en la santa Misa, segun los terminos en que estaba concebido, era un sacrilegio horrendo; que era hacer que la Iglesia en cierto modo se infamase á si misma, publicando en el interior de sus templos, y por medio de sus ministros, y en su acto mas sacrosanto, que era injusto en sí mismo y contrario á las leyes del Evangelio, un tribunal, del cual ella misma era la autora; y que un tal modo de burlarse de la Iglesia, y de profanar lo mas santo y mas sagrado, no podia ser inventado sino por el inventor de todos los males, ó por el mismo Satana's. =

Y luego, sin pararse, añadió el Francisco =: que si él se hallase oyendo Misa en alguna iglesia, y le dijese que se iba á publicar aquel decreto, al instante se saldría huyendo; y esto, aunque no tuviese otro medio para cumplir con el precepto, y aunque fuese el dia de Pascua, y aunque no hubiese de oír Misa jamás. =

Esto lo dijo con un cierto aire y con tal eficacia, que dió bien á entender, que su corazon se hallaba enteramente penetrado

de lo que pronunciaba la boca. Y aun significó, que si él se hallase en lugar del Obispo, de ningun modo consentiria en que se publicase el decreto, por lo que tocaba en las Iglesias, aunque esta oposicion le hubiese de costar los mayores y mas dolorosos sacrificios.

El Prelado se mostró conmovido; y, ya fuese porque era del mismo parecer, ó porque las razones del Fraile le hubiesen persuadido, ó ya fuese por uno y otro; lo cierto es que en las Iglesias de la Ciudad de Vich no se publicó aquel infamante decreto. Es cierto que el buen señor tuvo que sufrir algunas amargas contestaciones por parte del Gobierno; pero entretanto iba dando largas y se pasaba el tiempo, y despues nuevas ocupaciones del Gobierno, y nuevos cuydados de las Cortes, impidieron que se le hiciese mayor violencia al Prelado. Este es uno de aquellos casos, que el que lo escribe, como autor de la historia, no lo sabe por otros, sino que lo vió y lo tocó por si mismo, segun todas las circunstancias con que lo refiere.

Pero ¿como pues los Franciscos de Cataluña no fueron apercebidos por el Gobierno? Y ¿como no se hizo en ellos algun

egemplar castigo, sabiendose, como se sabia en Cadiz, la grande oposicion de estos Frailes al sobredicho decreto y á los otros que salian poco favorables á la Religion y á las cosas eclesiasticas? Esto era, que los autores y los defensores del nuevo sistema no se habian encruelecido todavía, á lo menos hasta el punto de hacer castigos ruidosos, como dejo ya insinuado. Era, que aun les convenia usar de cierta moderacion, por no chocar demasidamente temprano con sus principios de libertad, que habian adoptado, y que hacian alarde de encarecer. Era una politica refinada, aunque interina. Y era finalmente, porque por mas que un Vocal de las Cortes clamase que ya habia llegado el tiempo *de dar el golpe á los Frailes*, sabian bien y aun veían las mismas Cortes, que todavía no habia llegado.

Con esto pudieron pues los Franciscos de Cataluña, sin ser muy inquietados, por entonces, de aquel Gobierno español, emplear su celo, con teson, en defensa de las cosas de la Religion y de la Iglesia, contra las providencias y decretos que expedian en su daño las primeras Cortes de Cadiz. Aguarda, lector, otro cuaderno.

EL FILOSOFO ARRINCONADO

Grayles Franciscos

DE

CATALUÑA,

SU HISTORIA DE VEINTE AÑOS

Ó SEA

Lo que hicieron y padecieron por la Religion, por
el Rey y por la Patria, desde el año ocho hasta
el veinte y ocho del siglo decimonono.

SU AUTOR

El R. P. Fr. Francisco Aragonés

LECTOR JUBILADO, EX DEFINIDOR, CRONISTA Y PADRE DE ESTA
SU PROVINCIA FRANCISCANA DE CATALUÑA.

~~~~~  
CON LICENCIA.  
~~~~~

Barcelona

IMPRENTA DE JOSÉ RUBIÓ.

Octubre de 1833.

CAPÍTULO VI.

El grado en que los filósofos catalanes se
aproximan á las maximas filosoficas, que en-
contran en España, en la época de que tratamos.

Y a través mucho tiempo que la Filosofía des-
truida batallaba por dominar de esta parte
de los de los Españoles, así como dominaba
de la parte de allá. No se puede negar que
desde mediados del siglo decimo octavo ha-
bia logrado ya algunas ventajas, pero, aunque
notables, eran pasajeras: ni la Filosofía se
atrevia aún á gloriarse abiertamente de ellas,
pues las habia logrado mas con intrigas y so-
fismos, que á cara descubierta. En una palabra
la mala Filosofía habia podido hacer en
España algunos estragos; pero siempre por
ocultura, y nunca manifestando su propio tor-
cimiento, y ocultando siempre sus armas caven-
dadas.

Habia aún tres obstáculos grandes, que se
le oponian al constante curso de nuestra

CAPITULO XI.

El gran celo con que los Franciscos catalanes se opusieron á las maximas filosoficas, que cundieron en España, en la epoca de que tratamos.

Ya hacia mucho tiempo que la Filosofia destructora batallaba por dominar de esta parte de acá de los Pirineos, asi como dominaba de la parte de allà. No se puede negar que desde mediados del siglo decimo octavo habia logrado ya algunas ventajas, pero, aunque notables, eran pasajeras; ni la Filosofia se atrevia aqui à gloriarse abiertamente de ellas, pues las habia logrado mas con intrigas y solápas, que à cara descubierta. En una palabra, la maldita Filosofia habia podido hacer en España algunos estragos; pero siempre por sorpresa, y nunca manifestando su propio rostro, y ocultando siempre sus armas envenenadas.

Habia aqui tres obstaculos grandes, que se lo impedian: el constante teson de nuestros

piadosos Monarcas en prohibir la entrada de los malos libros extranjeros, en el Reino; las ataduras saludables de la imprenta, para que nadie por ese medio pudiese comunicar sus errores á otro; y sobre todo, finalmente, la suma vigilancia del tribunal de la Inquisicion, que estaba siempre alerta, al que nada se escapaba, y el que infundia un saludable terror á todos los impios.

Mas estos tres obstaculos terribles contra la Filosofia seductora, se desvanecieron del todo, en la epoca de que voy hablando. Entraron con dolo en la peninsula las tropas de Napoleon, tan cargadas de libros y de papeles impios, como de armas y de pertrechos de guerra; y seguramente que nos hicieron menos daño con estos, que con aquellos. Las Cortes decretaron la libertad de imprenta, y desde luego las prensas sudaron en tanta copia, y derramaron tantos folletos nacionales, contra la antigua Religion, que, añadidos á los extranjeros, inundaron á todo el Reino. Decretaron la supresion de la Inquisicion, con lo que faltó el gran dique que pudiese contener á tan grande diluvio de males.

Entonces salieron los Filósofos de sus grutas tenebrosas, en donde los tenia escondidos el miedo al santo tribunal. Salieron ya sin mascara, y presentandose en la palestra, se multiplicaron pasmosamente en poco tiempo. Asestaron todos sus tiros contra la Religion Catolica Apostolica Romana; y por mas que pareciese que la nueva Constitucion la ponía á salvo, ni el Gobierno ni las Cortes cuydaban de reprimirlös. Gimió profundamente la Iglesia española, viendose atacada por tantos enemigos juntos nacionales y extrangeros, à un mismo tiempo.

Sucedia todo esto en los años once, doce y trece, que componen parte de la primera epoca de mi historia. Esta es sin disputa la vez primera en que se vió à la Filosofia dominando en España, y como sentada en su solio. Esta es la primera vez que tripudiaron aquí los Filósofos, no solo sin miedo, sino con el mayor descaro. Por este tiempo la antigua fé y piedad de los Españoles, recibieron unas heridas que jamas antes habian sufrido. Heridas profundas, que, con la vuelta del Rey y con todos sus desvelos, no sola-

mente no pudieron cicatrizar, sino que se mantuvieron muy abiertas para ensancharse y profundizarse mas en la segunda epoca, como en su lugar veremos.

La falsa Filosofia pues, empezó desde entonces á derramar su ponzoña en España, sin ningun freno que la contuviese; antes bien teniendo ella el poder de su parte, ó mas bien, teniendo ella misma el poder. Sin embargo, ni aun entonces obraba ni hacia el mal sin zozobra ni sin contradiccion; pues muchos generosos españoles se opusieron con vigor, y à cara descubierta, à sus malvados conatos; y aunque, contra tantas bandadas de Filósofos libertinos, no podian recurrir con fruto al Poder, que no tenian propicio; con todo, por medio de sus continuos clamores, y aun tambien con sus escritos, les dieron mucho en que entender, quitandoles de entre manos mucha parte de sus infames victorias, é impidiendo alomenos, que el contagio se generalizase mas.

Entre varias corporaciones eclesiasticas, que se esmeraron en contener el gran torrente de males que afligian, por parte de los Filo-

sofos, á la Iglesia de España, se distinguieron tambien los Franciscos de Cataluña. Ellos en el año once, cuando empezó lo mas fuerte de esta nueva guerra filosofica, se hallaban muy fatigados, y aun muy disminuido ya su numero por causa de la cruel persecucion de los enemigos extrangeros y de sus allegados. Con todo eso, luego que vieron los nuevos peligros que corria en el Reino, la Religion de Jesucristo, por la malicia de los que se llamaban Filósofos, reunieron todas sus fuerzas restantes, para oponerlas á estos nuevos enemigos mas temibles todavia, porque eran domesticos.

Referiré en orden á eso lo que ví de estos Frailes, y nada diré que no me conste por datos los mas ciertos, de que aun ahora no pueda cerciorarse cualquiera que guste tomarse la pena de averiguarlo.

Ví, que en varias de sus Comunidades, (que aun subsistian á pesar del tirano Napoleon) se atizaban mutuamente unos á otros, contra las malditas maximas filosoficas, contra sus autores y contra sus propagadores en cuanto tales. Ví y noté bien, que el nombre

de Filosofo (siempre se entiende del libertino), significaba entre ellos, el ultimo y supremo grado de la maldad, y que incluía el de irreligioso, el de blasfemo, el de impio, y el de traidor á Dios y á sus criaturas.

Ví tambien que en sus conversaciones con las gentes del siglo, si se introducía la conversacion sobre los Filósofos de aquel tiempo, de sus proyectos y de sus escritos; lo pintaban todo con unos colores tan negros, y al mismo tiempo tan vivos, que pasmaban y conmovian á cuantos se hallaban presentes, y comunmente les hacian cobrar un odio implacable contra aquellas maximas execrables.

Advierto que esto era no precisamente con respecto á uno que otro de los dichos Frailes, sino con respecto á todos cuantos ví y con quienes traté en aquel tiempo; y aseguro que ví y que tuve trato con muchos. Todos en esta parte tenian unos mismos sentimientos y usaban las mismas expresiones, ni discrepaba en un ápice el uno del otro.

Ví tambien, que, si en la conversacion se hallaba algun aficionado à las sobredichas maximas y queria defenderlas, los Frailes to-

maban fuego, y hablaban de modo y le redarguian en tales terminos, que el iniciado se veia obligado à callar y bajar la cabeza, ya por las razones y el tono victorioso del Fraile enardecido, ya tambien por temor de los circunstantes, los cuales regularmente aplaudian á este y hacian su partido. Presencié estos casos algunas veces; y en honor de la verdad, y para hacer justicia á mis hermanos, debo decir, que en esta especie de lides, jamàs ví ni un solo Francisco que cediese á su contrario.

Esto no era de admirar para quien sabia, que esos Frailes iban siempre preparados para semejantes combates, pues en sus conventos la conversacion ordinaria, aun en las horas de recreo, era entonces sobre los Filósofos del tiempo, sobre sus malvados proyectos, sobre sus producciones impías, y sobre el odio que tenian á Jesucristo y á su Religion santa. Se puede decir en un verdadero sentido, que todas sus conversaciones, aun las mas familiares, eran otras tantas conferencias en que se intruian mutuamente, y en que se prestaban unos à otros las armas para combatir contra esos nuevos enemigos de la Iglesia de

Dios. No digo lo que oí referir, sino lo que ví y toqué.

Así prevenidos y enardecidos con un santo fuego, salían varios á predicar por los pueblos del Principado, y frecuentemente se oían resonar sus voces, desde los pulpitos, contra los falsos reformadores, contra sus perversos intentos que eran bien manifiestos, contra su impiedad, contra los malos libros, contra algunos periodicos llenos de veneno, que ya entonces se publicaban, y en fin, contra todas las obras inicuas de la Filosofía destructora. Estos eran los ordinarios asuntos de los Predicadores Franciscos, en aquel tiempo, porque en aquel tiempo eran los mas necesarios.

Contra todo lo dicho levantaban la voz sin embarazo, con toda claridad, y con cierta vehemencia. Así los oieron predicar en Vich, así en Berga, así en Villafranca, en Cervera, en Monblanch, en Mora, en Reus y en muchas otras poblaciones. En varias de las nombradas habia no pocos sugetos, que estaban iniciados en la Filosofía del tiempo (digo lo que me consta); por consiguiente eran ene-

migos jurados de tales Predicadores; á quienes procuraban infamar y mortificar de mil modos, haciendoles varias amenazas y delatandolos al Gobierno. Con todo, ellos nunca desistieron de su empeño, estando bien asegurados de la justicia de la causa que á toda costa, habian emprendido defender.

No se oían clamar por este tiempo, en los pulpitos de Barcelona, de Gerona, de Tarragona, de Lerida, ni de Tortosa porque gemian estas ciudades bajo el yugo del tirano Napoleon. Sin embargo se sabia en las mismas, cuanto trabajaban los Franciscos en las poblaciones libres, para contener los progresos de la malvada Filosofia. Los Gobiernos intrusos de aquellas plazas, daban un claro testimonio de que se sabia alli todo, cuando se mancomunaban con algunos españoles degradados, á fin de impedir el curso al gran celo de los Frailes.

Enseñaban estos, y lo publicaban altamente, que aunque la Inquisicion no estuviese en su ejercicio, obligaban sin embargo sus decretos anteriores en orden à los malos libros; que los fieles no podian leerlos en

conciencia, ni sin incurrir en las censuras prescritas; y que las Cortes, ni ninguna otra potestad secular, podian abrogarlas. Esto, ya se ve, era tocar á lo mas delicado y á lo que mas escocia á los falsos reformadores. Era á su modo quitarles de las manos las armas de su mayor confianza; y era propiamente inutilizar los principales canales, por medio de los cuales se habian propuesto comunicar su ponzoña á toda la nacion, que eran sus folletos impios por una parte, y por otra los libros extrangeros de la misma ralea, que se afanaban à traducir en idioma español.

¿Que habian de hacer si se persuadia à los fieles, que no podian comprarlos, ni tenerlos, ni leerlos? Asi se frustraban en gran parte los proyectos de su maldita reforma, asi se les hacia perder el fruto de sus trabajos y su inicua ganancia. He aqui los motivos por que se enfurecian tanto, cuando oían predicar y enseñar que los decretos de la Inquisicion en orden á los malos libros, estaban en su vigor, por mas decretos que hubiesen hecho las Cortes contra aquel tribunal.

De aqui pues provino aquella ojeriza con-

tra los Frailes Franciscos, los cuales, en Cataluña, no cesaban de predicar é inculcar esta doctrina á las gentes. De aqui las varias acusaciones que se hicieron contra ellos. De aqui las tramas indignas que insidiosamente se les urdieron por parte de los Filósofos asi extranjeros como españoles, teniendo estos el apoyo en algunos de ambos Gobiernos, no solamente del intruso, sino tambien del nacional. De aqui finalmente provino el odio implacable contra los dichos Frailes, aquel odio, digo, que nunca jamas cesó, sino que reverdeció y se aumentò despues, como lo haré constar en la segunda parte de esta historia.

Ciertamente que todo este odio y toda aquella ojeriza eran una cosa gloriosa para los Franciscos catalanes, pues probaba su ardiente celo contra las maximas detestables de la nueva Filosofia. No, los llamados Filósofos de esta primera epoca, no tuvieron adversarios mas acerrimos, que lo eran estos Frailes.

Ni se valieron solo de la palabra para rebatirlos desde los pulpitos, en los confesonarios, y en las conversaciones publicas y pri-

vadas. Pero algunos tomaron tambien la pluma para oponer escritos á escritos, esparciendo la triaca por los mismos medios, por los cuales se esparcia el veneno. Ya que los Filósofos se valian de la libertad de imprenta para propagar sus errores, pensaron algunos Franciscos en valerse de la misma libertad para refutarlos.

Bien es verdad que aquel Gobierno no favorecia igualmente à los unos que à los otros; esto es, que no gustaba tanto de los escritos que se publicaban en defensa de la Religion antigua, como de las obras filosoficas que tiraban á destruirla. Esto se vió en varios casos. Por ejemplo: el Pacto Social de Rusó corrió con aplauso por mucho tiempo, aunque con escandolo de los buenos, que se hallaban oprimidos: al contrario, la Pastoral de los Obispos retirados en Mallorca, fue mandada recoger con grande alborozo y algazàra de los malos, que eran patrocinados. Con todo, no por eso se arredraron los Franciscos para que dejasen de publicar sus escritos en defensa de la doctrina catolica infamada por la petulante Filosofia.

En Mallorca se distinguia mucho, en este ramo, el P. Raimundo Strauch, que fue despues Obispo de Vich, celebre Fraile Franciscano, el cual, si bien pertenecia á la Provincia Franciscana de Mallorca, era emperero natural de Cataluña, y de Madre catalàna, siendo su Padre suizo. Este pues aplicaba todo su saber, que era mucho, en rebatir con sus bellos impresos, las abominables maximas filosoficas, que en millares de folletos se iban esparciendo por todas partes. Refutaba con sus discursos luminosos á la negra Aurora mallorquina, aquel periodico infame, que con su nombre de luz, no difundia mas que tinieblas.

El mismo traducia al castellano las Memorias del Abate Barruel, para servir á la historia del Jacobinismo: obra inmortal, que hizo los mayores servicios á la Iglesia de Dios, y que le sirvió de mucho consuelo, en los dias de su mayor afliccion: obra, en la cual se descubren y se hacen patentes á todo el mundo, las falacias, las intrigas, las malas artes, y quanto tiene de abominable (que es infinito) esa Filosofia destructora, con-

jurada contra los tronos no menos que contra la Religión santa: obra en fin, que luego de publicada alentó á todos los buenos, desengañó à no pocos malos, y fue un grande preservativo en España, contra la ponzoña que á toda prisa la iba atosigando.

Con la publicacion de esta famosa obra, quedaron en gran parte desconcertados los infames proyectos de nuestros Filósofos nacionales, los cuales, si no pararon en su malvada carrera, se vieron precisados alomenos á ir mas pausados. Ya muchos les señalaban con el dedo; ya les llamaban Jacobinos, ya Franc-Mazones, ya les daban otros nombres odiosos, que al ultimo se expresaban con llamarles Filósofos, y este era el nombre que significaba todo lo mas maligno. A esto se añadía que varios otros escritores adictos á la buena causa, ilustrados por el Barruel, los rebatían con mayores ventajas. De modo que nuestros Filósofos reformadores se vieron por entonces obligados à ir con mas tiento, y aun á pensar en si mismos.

El odio que estos concibieron contra el P. Strauch, (principalmente por esta obra,

aunque tambien por otros varios discursos que publicó), llegó á lo sumo. Le acusaron ante aquel Gobierno, que se componía de muchos iniciados à lo filosofo; lo mortificaron de mil modos, lo prendieron, lo encarcelaron. Pero él se mantuvo siempre firme, como una roca incostrastable, y al ultimo salió triunfante de todos sus enemigos, en esta epoca de que voy tratando.

Como aquel odio mortal nunca se apaciguó, como en lo sucesivo se enfureció mas todavia, y como este celebre Francisco, siendo despues Obispo de Vich, fue victima cruel y sangrienta de aquel odio diabolico reconcentrado, lo referiré en la segunda parte, como que pertenece allí. Lo dicho toca á la primera epoca, en que la falsa Filosofia empezaba á dominar entre los Españoles, y á la que ya desde entonces rebatian los Franciscos catalanes por medio de la imprenta, de la que se valia principalmente ella para propagar su maximas detestables.

Por el mismo medio la atacaba el P. Fr. José Rius Catedratico de Cervera. Este insigne Francisco catalan, celebre por sus

lucos, por su vasta erudicion, por su particular lucimiento en el ministerio de la predicacion, y por sus virtudes, se hallaba en Reus, en aquel tiempo, cuando un cierto numero de iniciados reunidos allí, se afanaban en corromper particularmente aquella grande poblacion y toda su comarca. Tenian una imprenta aparte, de la cual salia un continuo flujo de papeles envenenados, capaces de alterar las antiguas y mas santas costumbres, especialmente por lo que tocaba á la gente sencilla é incauta. Las habian contra los Monarcas, ni perdonaban á la santa Religion, y muy particularmente se esmeraban en infamar á sus sagrados ministros.

No pudiendo pues sufrir aquella desvergüenza el docto y virtuoso Francisco, les declaraba una guerra abierta. Oponia papeles á papeles; y valiendose de un periodico sano, que salia con el título de Centinela de la Patria (1), publicaba sus discursos con-

(1) El autor de este periodico era el R. P. Presentado Fr. Tomás Gatell, religioso Dominicano, natural de Reus, muy habil, muy adicto á la buena causa. Admitia los artículos comunicados, y con particular gusto los del célebre P. Rius.

tra los de aquellos petulantes Filósofos, con tanta erudicion, con tanta solidez y conviccion, que alguna vez les hizo callar, por no tener que responder. De esto soy yo testigo.

Este mismo P. Rius dictaba en la Universidad de Cervera, el Tratado de la verdadera Religion; tratado, que se ha impreso despues, asi como él lo dictaba. Esta es obra de grande merito, y es un muy excelente antidoto contra el veneno filosofico; por lo que se ha merecido el aprecio del Definitorio General de los Franciscos, el cual ha ordenado que se enseñe en todos los Colegios mayores de su Orden, en el Reino de España.

Otro Francisco se aplicaba en rebatir desde Vich, á los Filósofos de Cadiz, los cuales desde esta Ciudad, en donde residian las Cortes y el supremo Gobierno nacional, deramaban su ponzoña por toda la peninsula, las islas, y hasta á las Americas. De Cadiz salia entonces aquel diluvio de folletos malignos, que infamaban à todo lo mas santo y sagrado. Los Religiosos, el Clero secular, los Obispos, los Reyes, los Papas, la santa Religion, y hasta su adorable Autor, eran fre-

cuentemente el blanco de las contumelias y de los mas viles sarcasmos de unos degenerados españoles, à quienes la Filosofia maldita habia vuelto el juicio, y los tenia convertidos en furiosos energúmenos. Se veia claro, que estaban apoyados por varios vocales de las Cortes, como tambien por algunos miembros del Gobierno. Pero los españoles buenos y castizos no se amedrentaban por eso, y á las claras y sin rebozo, reprobaban tan grande iniquidad y desvergüenza.

De esta clase de españoles eran pues los Franciscos de Cataluña, de los cuales uno, como empecé á decir, publicaba varios tratados contra aquella peste, enviandolos inmediatamente á Cadiz desde Vich, para que entendiesen à lo menos aquellos atolondrados, que aqui no se les temia por mas apoyados que se viesen de aquel Gobierno. La cosa pasaba como voy á contar.

Se hacian alli crueles invectivas contra las ordenes religiosas, hasta proponer á las Cortes, que los Frailes debian ser borrados del número de los ciudadanos en España. Aquí se les rebatia con un impreso titulado

El religioso ciudadano español; en el que se defendia á los Frailes, con razones las mas convincentes, haciendo ver al mismo tiempo, que esos mismos Frailes, tan aborrecidos de los malos, habian sido en todo tiempo el apoyo y el mas brillante decoro de esta Patria misma, de cuyos privilegios se pretendia excluirlos; y á la cual deshonoraban los Filósofos, con sus malvados procederes, y que finalmente todo lo echarian à perder, si no se les ponía coto.

Se les envió este impreso, lo leyeron; à su pesar lo vieron otros; y no dejó de causarles algun estorvo en sus malignos proyectos. No todos habian perdido enteramente la verguenza, aunque los iniciados eran en gran numero. El autor de estos impresos tenia correspondencia con dos vocales de Cortes, del Principado, muy buenos; y por este medio sabia lo que pasaba allá, en orden á estas cosas.

Se trataba en las Cortes de varios asuntos pertenecientes á la Religion, y que le tocaban exclusivamente: se proyectaban reformas injuriosas al Clero, à los Obispos, al Papa;

reformas en que la Iglesia no podia consentir, reformas en fin, que mas propriamente debieran llamarse ruinas del Santuario. ¡ Ah! el reformar á lo filosofico, siempre ha sido destruir.

En Vich pues se publicaba otro impreso con el titulo: *Representacion de la Iglesia Española á las Cortes del Reino*: se envió á Cadiz, pasó de mano en mano à varios vocales, lo leyeron, y vieron por lo menos, que en Cataluña no se temia decirles con claridad y teson, lo que podian y lo que no podian; que la Iglesia era su Madre, que ellos eran sus hijos; que no podian mandarla, que en las cosas eclesiasticas estaban obligados á obedecerla; que en estas cosas era Soberana é independiente; que ellos podian suplicarle, pero nunca hacerle fuerza; y que lo mismo era pretender violentarla que intentar destruirla. Tampoco dejó esta Representacion de producir algun efecto.

De Cadiz mismo salia un escrito filosofico con el titulo: *Defensa de las Cortes, y de las Regalías de la Nacion, en contestacion á la instruccion pastoral de los seis re-*

verendos Obispos retirados en Mallorca; cuyo autor zahería de un modo muy solapado, á los sabios Prelados y á su famosa Pastoral.

Contra este se publicaba en Cataluña otro escrito titulado: *Juicio sobre la Defensa &c.*, en el cual se hacian ver los vicios, las equivocaciones, la falacia, la inexactitud, la poca fidelidad en citar los textos, y la ninguna logica del escrito de Cadiz. En suma, se defendia aqui á la celebre Pastoral de aquellos celosos Obispos, contra la petulancia filosofica; y esto, con toda libertad y pospuesto todo miedo, por mas que el Gobierno hubiese mandado recoger la dicha Pastoral.

Un Archi-Filosofo publicaba en Cadiz el escandaloso folleto: *Diccionario-Critico-Burlesco*; obra sumamente perversa, y digna solamente de un Atéo.

En contraposicion se publicaba aqui otro *Diccionario-Critico-Serio*, dividido en dos partes; en el que se demostraba que el primero no podia ser parto sino de una corrupcion de ideas, completa en ultimo grado; que la malicia, que lo habia forjado, trascendia á todo lo humano, y que era de una superior

clase diabolica; que de las cavernas infernales, no habia podido salir una obra mas abominable; y que finalmente era un tejido de contumelias, de blasfemias, y de irrisiones las mas sacrilegas, contra todo lo que cree y tiene de mas santo la Religion verdadera, y contra su mismo divino fundador. Tal era el tenebroso Burlesco, y tal lo descubria à la vista de todos el Diccionario Serio.

Lastima que la segunda parte de este, sali6 muy maltratada de la prensa. ¿Seria esto por descuido? ó bien seria por traza de algun iniciado? Lo cierto es, que cuando su autor (que no pudo estar presente á la impresion) la vi6, se disgust6 y le pes6 mucho de verla tan malparada, en comparacion á la primera parte de cuya impresion pudo él mismo cuidar. Pero dejemos esto, y volvamos al proposito.

Asi pues este Diccionario, como los otros impresos arriba mencionados, en que se refutaban los delirios de los Filósofos de Cadiz, se publicaban en Cataluña, é inmediatamente se enviaban allá; y todos eran obra de un Fraile Francisco, el cual, como sus demás

hermanos del Principado, ni temia el atollondramiento de los falsos reformadores de aquel tiempo, ni se amedrentaba por el apoyo que sabian todos les prestaba aquel Gobierno.

Todo lo dicho consta de monumentos irrefragables. Aun se conservan los impresos, y hay varias personas que los poseen todavia. La Filosofia, que volviò despues á dominar, aun con mayor despotismo, no pudo acabar con ellos. Asique cualquiera que desee tener el gusto de enterarse por si mismo de la verdad de los hechos, será muy facil satisfacerle; pues yo conservo algunos egemplares de cada uno de los escritos citados, con la fecha y lugar de la impresion, nombre del impresor, y tambien consta de los mismos, quien fue su autor.

Se ve pues de todo lo referido en este capitulo, el grande y particular celo con que los Franciscos de Cataluña se opusieron a las maximas filosoficas, que emponzoñaron ya á la España, mientras la guerra de Napoleon. Se ve que ni la crueldad, con que los perseguia este tirano, ni el miedo al Gobierno na-

cional, que protegía á la nueva Filosofía, pudieron jamas aterrarlos para que dejasen de clamar altamente, ya de viva voz, ya por escrito, contra las abominables maximas de aquella secta corruptora. No, nadie podrá disputar esta grande gloria á los Franciscos catalanes, y el gran merito que en aquella peligrosa epoca contrajeron con respecto à la Religion y á la Patria, les servirá á ellos, y á todos los sucesores sus hermanos, de una satisfaccion eterna.

CAPITULO XII.

Modo notable y generoso con que se portaron los mismos Frailes, concludida la guerra de Napoleon, vuelto el Rey á su trono, y amortiguada la liga filosofica.

Despues de seis años de una guerra la mas cruel y asoladora, despues de tres de su Gobierno nacional confuso y tenebroso, despues de otros tantos del despotismo filosofico, volvió la España, aunque infinitamente atropellada, á su ser prestino; volvió á ver sus dias

antiguos, aunque fatigada y desmantelada; volvió finalmente á su estado de antes, aunque debil y flaca por lo mucho que habia sufrido; y se miró como si acabase de levantarse de entre el polvo del sepulcro.

Su tirano cruel, batido por su temeridad, y destrozado en los montes, en los bosques y entre las nieves de Moscou, tuvo que retirar sus tropas de aqui, y abandonar una presa que ya contaba por suya. El Rey Fernando libre de las cadenas, no tardó à presentarse en sus estados y á volver á ocupar un trono que nadie le podia disputar. Con esto respiró la España, tomó sus antiguos alientos, y como que resucitó. Referiré en suma lo que pasó aqui á principios del año catorce, con la llegada del Rey; pero no diré sino lo que me es absolutamente necesario para explicar mi asunto.

Fernando entrando en su Reino, le halló en una suma confusion (digo lo que sabe todo el mundo): halló un nuevo Gobierno en todo diferente del suyo, del de sus Padres y de sus antiguos Abuelos; un Gobierno en suma, que jamás habia regido antes en Es-

paña: halló nueva constitucion, nuevas leyes, nuevos establecimientos, nuevos usos, nuevas costumbres, y todo contrario á lo que habia antes regido.

Halló á la Iglesia Española vestida de luto por las grandes perdidas que habia padecido de parte de unos reformadores falsos y sin autaridad, es decir, de los Filósofos y del Gobierno que los protegía: halló suprimido el tribunal de la Inquisicion, vacilante en muchos la verdadera fé, y en no pocos totalmente extinguida; las rentas eclesias-ticas notablemente disminuidas y casi exhaustas; los sagrados ministros humillados y envilecidos; las ordenes religiosas abatidas y en un supremo desprecio: halló finalmente una division funesta entre españoles y españoles: unos estaban por las novedades; pero la mayor y mas sana parte estaba, no solamente por la Religion, sino tambien por la legislacion y por las costumbres antiguas.

En vista de todo, usando el Rey de sus nativos derechos, dió aquel golpe maestro que recreó á la España, y la puso en camino de volver á ser lo que habia sido: abrogó

la nueva constitucion, y quedó irrito el juramento que de ella se habia hecho: anuló las leyes de las Cortes y todas sus actas contrarias á las costumbres y antiguo Gobierno: deshizo aquellas Cortes, autorizó al supremo Consejo de Castilla, renovó las Audiencias y demás tribunales de las Provincias: volvió el tribunal de la Inquisicion, quitó el libertinage de la imprenta, excitò el zelo de los Obispos, paraque se hiciesen misiones en todo el Reino; y tomó en fin varias otras providencias muy acertadas, con las cuales la España se rehizo tomando un nuevo aspecto, y se dispuso para volver á las antiguas costumbres, que desde los siglos mas remotos le hicieron tanto honor entre las demás naciones.

Con estos golpes dados á tiempo y con el vigor y entereza convenientes, se abatió por el pronto á los novadores, los cuales, por entonces tomaron à buen partido el retirarse y estarse en silencio. Asi la liga filosofica, que tres años habia, que dominaba en España, se dispó interinamente, quedando como amortiguada. Digo amortiguada, porque no quedó muerta, ni creo yo que muera jamàs, sino

del golpe que le dará la mano omnipotente de Jesucristo, cuando sea de su divino beneplacito.

En efecto volvió despues aquella hidra á levantar la cabeza, y aun con mayor orgullo, é hizo todavía mayores estragos en la epoca siguiente. En la de que voy hablando, cediendo por fuerza al poder ejecutivo del Rey, se retiró amedrentada á sus tenebrosas cavernas de donde habia salido.

Con eso las cosas de la Monarquia tomaron su curso regular, tanto en lo politico como en lo eclesiastico, segun la costumbre antigua, que tan desgraciadamente se habia interrumpido. Los buenos se alegraban publicamente, dandose unos á otros el parabien de aquella mudanza feliz; agasajaban y vitoreaban al Rey por su triunfo, por la paz, por el bien y por la felicidad que les volvia: al contrario, gemian los malos, y aunque procuraban disimular su tristeza, no podian ocultarla; de estos fueron castigados algunos de los mas exaltados, aunque por lo regular fueron entonces los castigos muy moderados.

Varios de los buenos fueron tambien premiados por sus grandes meritos que se habian adquirido, ya peleando contra los enemigos extrangeros, ya resistiendo, á los novadores nacionales, ya padeciendo varias calamidades por su constante oposicion á los unos y á los otros. Y aqui se vió y resaltó mucho el noble y generoso porte de los Franciscos de Cataluña; los cuales, no cediendo á ninguna otra corporacion, en el merito que habian contraido, nada sollicitos se mostraron para obtener los premios que, aunque muy justamente, pretendian y lograban otros.

Estos Frailes siempre y naturalmente desinteresados, se manifestaron entonces superiormente magnanimos; pues no aspirando, sin embargo de sus grandes meritos, á los premios que los mortales pueden dar ó no dar, se contentaron con aquel premio que nadie les podia quitar; esto es, con la dulce satisfaccion de sus mismos hechos y padecimientos heroicos por las mas santas de todas las causas. De ese modo, siendo enemigos acerrimos de la falsa Filosofia, abrazaban con sumo placer la excelente regla de la Fi-

lososia verdadera, la cual enseña que la virtud es premio de si misma.

Si: podian esos Franciscos gloriarse de muchos y grandes meritos contraidos en el espacio de los seis años pasados, y esto sin ningun perjuicio ni disminucion de las glorias de otros; pero no, no se les oyò hablar una palabra de premios á que pudiesen aspirar, y se contentaban acá con la conciencia de lo bien hecho y de lo mucho que habian padecido por salvar la Patria y la Religion.

Cuando llegò el Rey, se hallaban sus conventos todavía sin muebles y faltos de todo lo necesario; muchos demolidos, cuyas ruinas y escombros estaban à la vista de todo el mundo; tambien era patente la notable disminucion del numero de sus individuos: y la sangre que de ellos se había derramado, era todavía reciente, y de ella se veia aun teñida la tierra. Por donde quiera que su Magestad pasaba, se veían los vestigios del odio y de la rabia que habian tenido que sufrir de parte de los enemigos de su corona y de la Religion santa. Y ¿quien habia de los que acompañaban al Rey, que lo ignorase,

y aun que con sus propios ojos no lo viese?

Ahi á la entrada de Cataluña, se veía el Convento de Figueras desmantelado: luego el de Gerona desolado; el de Jesus extra muros de Barcelona, arrasado; los de dentro de la misma Ciudad, en poder de los enemigos todavia, y medio demolidos; el de Villafranca muy malparado; el de Tarragona hecho un monton de ruinas; los de Momblanch y S. Salvio presentaban, aun desde lejos, los estragos de sus respectivos incendios. Estas y otras calamidades, cuando el Rey entrò en Cataluña á la vuelta de su cautiverio, se ofrecian á la vista de todos, como un testimonio patente de lo mucho que habian padecido los Franciscos catalanes, y por consiguiente de su grande y ardiente celo en favor de la buena causa que se habia defendido. Y ¿quien podrá negar nada de lo que acabo de referir?

Sin embargo, nadie viò ni oyó que estos Frailes presentasen, ni al Rey ni á sus Ministros, suplica alguna para poder reparar siquiera alguna parte de tantos y tan considerables daños. ¿Que digo suplica para poder repararlos? Ni aun pensaron en exponerse los

paraque los tuviese presentes, y alomenos se condoliese de ellos. Entre un sin numero de exposiciones que, sobre daños padecidos, se presentaron á su Magestad en aquel su transito por Cataluña y en los dias que aqui se detuvo, ni una tan solo se hallarà de los Franciscos, siendo asi que pudieron presentarla con tanta razon por lo menos, como cualquiera otra corporacion, ó como cualesquiera otros individuos.

Se veian los restos de esos Frailes agasajando à su Magestad en varias partes de su carrera. Nadie manifestaba mayor alegria por el regreso del Rey á sus estados y à su trono. Concurrían con particular alborozo al comun jubilo, y tambien se esmeraban en las decoraciones del transito y de la entrada en las poblaciones. Ellos eran pobres á la verdad, y sus conventos se hallaban entonces exhaustos de todo; pero de su misma pobreza sacaban recursos; y cuando mas no podian, tomaban adornos prestados para obsequiar á su Magestad, y no ceder à nadie en la comun alegría.

En Reus se le manifestaba, por medio

de un impreso, el particular gozo que les causaba su feliz regreso, y se le suplicaba que mirase por el bien de la Iglesia de España sumamente afligida; pero nada se le pedia para los suplicantes, ni aun de lo que habian padecido se hacia mencion alguna: tambien el autor del impreso ocultaba su nombre. En Cervera, otro de esos mismos Frailes (era el P. Rius) hacia cantar las Musas congratulando al Monarca, guardando siempre empero un profundo silencio en orden á las aflicciones y necesidades de sus hermanos.

En Lerida finalmente, como en otras poblaciones de la carrera, salian de sus desolados conventos, para cortejar al Principe y manifestarle el amor que le tenian, siempre alegres, siempre joviales, siempre generosos, siempre magnanimos, no solamente no manifestando sus necesidades ni las grandes calamidades, que por su causa habian sufrido, sino ocultandolas antes bien con mucho cuydado. Para lo cual, con abundancia de luces y con varios adornos cubrian y hermoseaban las paredes de sus pobres

casas por cuyas inmediateciones tenia que pasar su Magestad.

Ya he dicho que si no tenian con que hacerlo, buscaban ó lo tomaban prestado, todo à trueque de que no parecieran sus miserias, que ellos sabian llevar con magnanimidad y alegria, acordandose de lo que habian hecho y de la causa por que habian padecido. En esto tenian su premio temporal, con el cual estaban aqui contentos, verificandose en ellos aquel dicho verdadero (y esto sin advertirlo seguramente los mas) de que la virtud es premio de si misma: *virtus sibi ipsi præmium est*. No (y me deleito en repetirlo), no dirá nadie que los Franciscos de Cataluña andubiesen sollicitos por otro premio acá entre los mortales; ni sé que entre tantos memoriales, como se presentaron al Rey, en su transito por Cataluña, se halle ni uno en que estos Frailes hablen una sola palabra de los grandes trabajos, que por su causa y por la de la Religion padecieron.

Sin embargo en los considerables sacrificios que habian hecho por causa de los

enfermos y heridos del ejército, y en lo mucho que varios de sus conventos habían padecido por razón de los hospitales (pues era necesario derribar celdas para formar las cuadras, y hacer varias mudanzas en las oficinas y en otros lugares, para otros menesteres), en esto, digo, parece indudable que tenían los Frailes un derecho riguroso para exigir al menos los reparos de los daños causados. Porque ¿que Gobierno hay que pueda apropiarse y acomodar à sus usos los edificios de los particulares, sin dar à estos alguna recompensa proporcionada á los daños recibidos?

Los Franciscos, además de los servicios personales, que de balde habían prestado á los hospitales del Principado, podían mostrar las demoliciones que en muchas de sus casas, se habían hecho por causa de los mismos. Podían pues reclamar con todo rigor de justicia los reparos, ò al menos alguna congrua recompensa. Creo que nadie lo negará.

Por otra parte podían esperar de la justicia y bondad del Rey, que en esto les

atenderia. ¿No veian que atendia á otros que no podian manifestar iguales descalabros ni tan considerables menoscabos padecidos por el alivio de los valientes que habian defendido su trono? Con todo, esos Frailes en nada pensaron menos que en hacer semejante peticion á su Magestad, aunque era la cosa mas puesta en razon. Recibieron sus conventos asi como se los dejaron, con todos sus desfalcos y menoscabos. Y esto, no solo sin quejarse ni manifestar el menor sentimiento de tristeza por unos daños tan notables, sino al contrario, se mostraban muy contentos con la memoria del fin por que los habian padecido.

¿Quien oyó de su boca la menor queja por semejantes perdidas? ¿Quien no les vió andar alegres por entre las ruinas de sus casas, procurando recomponerlas con el sudor de sus rostros, con sus afanes y diligencias? No tuvieron auxilio alguno del erario publico, porque no lo solicitaron; ni aun pensaron en pedirlo al Rey, cuando le felicitaban por su regreso, el cual seguramente no se lo hubiera negado, en atencion à la justicia con que

se hubiera pedido. Pero no lo pidieron ni pensaron en pedirlo.

Si no es aquí ¿en donde se hallará la verdadera nobleza de sentimientos? Si no se ve en tan grande desinterés ¿en que consistirá la generosidad heroica? Aunque se ha fijado muy poco la atención en eso, serán los Franciscos de Cataluña eternamente recomendables por esta su magnanimidad.

Hay todavía otra cosa que los hace dignos del mayor aprecio. Es la indiferencia con que miraron también los premios personales á que cada uno podia aspirar segun su merito. De otras clases y corporaciones son innumerables los que en aquella epoca se declararon pretendientes, alegando lo que habian hecho ó lo que habian padecido en defensa de la causa justa. Se sabe cuantos salieron premiados ya con sueldos, ya con ascensos, ya con varias condecoraciones. Pero ¿que es lo que quiero decir con esto?

No, no se trata aqui de juzgar, y mucho menos de zaherir á nadie; pues el autor quiere dar por supuesto, que todos los premiados entonces por el Gobierno, pretendieron justa

y legitimamente. Pero de lo que se trata es, de que los Franciscos de Cataluña, tambien en esta parte se mostraron sumamente desinteresados, y de que en este su desinterés, ó mas bien indiferencia y aun descuydo por sus conveniencias personales, fueron tal vez singulares.

Habia tambien entonces entre ellos, religiosos muy condecorados, sugetos de luces y de merito, y que hacian honor á esta Provincia Franciscana; tres de los cuales habian egercido, los primeros de todos, el interesantísimo empleo de Presidentes de la Junta superior de los hospitales militares del Principado. En otro lugar tengo hecha mencion de estos tres benemeritos Franciscos catalanes.

Habia otros que fueron vocales de varias Juntas gubernativas, cuyos empleos habian desempeñado muy laudablemente y con grande satisfaccion de los pueblos. No faltaban algunos que, en casos sumamente criticos é infinitamente interesantes á la gran causa que se defendia, se habian puesto à la frente de los mismos pueblos para reanimarlos, en circuns-

tancias terribles, cuando el desaliento debía tener las mas fatales resultas; y la presencia y las exhortaciones pateticas de los Frailes insinuados produjeron los mayores efectos.

Tampoco faltaban quienes se habian encargado de comisiones muy delicadas é importantisimas á la misma causa, y que habian desempeñado felizmente y à toda satisfaccion de los Gefes comitentes. Habia en suma, en aquella epoca, Franciscos pertenecientes á la Provincia de Cataluña, de un merito no vulgar, ya fuese por lo que habian hecho contra los enemigos extrangeros, ya por el teson con que se habian opuesto á los falsos reformadores nacionales.

Ahora es muy natural que alguno de mis lectores piense allá en su interior, y diga: ¿pues como tantos y tan grandes meritos no fueron atendidos y recompensados? ¿Como no vimos algunos alomenos, de estos Frailes, tratados ó condecorados con alguna distincion? ó en fin ¿como no les vimos premiados, asi como vimos que lo fueron otros de varias clases, por meritos semejantes?

A esto respondo yo: He aqui pues una

grande prueba de la magnanimidad y de la nobleza de sentimientos de esos Franciscos; los cuales, viendose con meritos por lo menos iguales à los de muchos que fueron premiados, ni tan solamente se declararon pretendientes, ni menos expusieron sus servicios, ni tal vez les ocurrió jamás exponerlos, contentandose con solo haberlos prestado. Este era el que reputaban por el mejor premio acá entre los mortales; es á saber, la conciencia de haber obrado bien en favor de su divina Religion, de su Patria y de su Rey, cuando los derechos de estos tres objetos, para ellos tan amables, se hallaban en un sumo peligro.

¿Quien me negará que sea esta la mayor grandeza de corazon? Es cosa infinitamente laudable merecer bien del Rey, de la Patria y de la Religion especialmente cuando se hallan en grandes apuros: pero despues de contraido ya este merito, el no querer representarlo, ni solicitar ni pretender premio, es el mayor heroismo, y por lo mismo el mas raro. Por esto he dicho antes, que los Franciscos de la Provincia de Ca-

taluña fueron tal vez singulares entonces, por el desinterés y aun descuido con que miraron sus conveniencias personales.

No fue ciertamente esto porque les faltasen medios para elevar á noticia del Rey lo que habian hecho y el merito que tenian adquirido. Al contrario, tenian proporciones excelentes para este efecto. Habia de esos Frailes, quienes con su porte se habian merecido un particular afecto de algunos principales Gefes del egercito español. Otros habia que tenian la gracia de algunos Obispos muy respetados entonces, aun en la Corte. Ni faltaba quien pudiese contar con el valimiento de algun Consejero muy poderoso.

Pero los Frailes, que se complacian en haber obrado de modo que se pudiesen merecer estos aprecio, jamás se valieron de ellos para sus personales intereses. Tal vez alguno de los insinuados señores extrañaba un porte tan fuera del uso; pero al mismo tiempo no podia dejar de ver que un tal desinterés era magnanimidad y heroismo.

Alguno (digo lo que sé por datos los mas

ciertos, en que no puede tener lugar ningún engaño) alguno de los mismos Frailes, pudo en aquella epoca abrirse una puerta segura para la carrera mas brillante, con solo condescender y aflojar un poco de su firmeza sobre lo que tocaba á la santa causa que se defendia. No tenia mas que hacer, sino callar y disimular sobre un partido que se iba levantando, y que no parecia injusto ni vituperable en aquellas criticas y terribles circunstancias, pero que no era enteramente conforme á lo que antes se habia determinado de sacrificarlo todo antes que manifestar miedo al enemigo, ni concederle ninguna ventaja. El Fraile con solo callar y contiunar sus visitas de cumplimiento, tenia asegurada la gracia y aun el reconocimiento de algunos que todo lo podian antes y todo lo pudieron despues.

Pero el Fraile, consiguiendo á sus principios, no calló ni disimuló; y aun obró de un modo, que dió claramente á entender, que preferia el ser consiguiendo á sí mismo, y que anteponia su honor á todas las gracias humanas, por mas alagueñas que se le presentasen.

Perdió la amistad del Cesar, digamoslo así; pero conservó su grandeza del alma, que todavía valia mucho mas.

Este pues es el modo con que se portaron los Franciscos de Cataluña, en la guerra de Napoleon, y cuando concluida ya esta, volvió el Rey à su trono, y fueron apaciguadas las cosas. Pudieron presentar sus grandes meritos, á la reciente llegada de su Magestad, y especialmente en su transito por el Principado: no los presentaron. Pudieron éxponer con ventaja sus grandes, y aun singulares padecimientos por la causa comun: no los expusieron. Pudieron reclamar con todo rigor de justicia los reparos, alomenos de alguna parte de las ruinas que sus conventos sufrieron: callaron, y no los reclamaron.

Tambien con solo aflojar un poco de su firmeza, y con usar de algun disimulo en cosas que muchos grandes hombres no tenian por vituperables, pudo alguno de estos Frailes allanarse el camino para una grande fortuna: no la quiso, la despreciò por no desmentir su caracter, y por conservar su grandeza de alma. ¿ Quien habrá ahora que no confiese, que

tan grande desinterés y desprendimiento de esas cosas de la tierra, fue en los dichos Frailes el mas notable heroismo?

Si el celebre P. Strauch fue promovido al Obispado de Vich, fue, segun oí decir, por las vivas recomendaciones de un señor poderoso, testigo ocular de los hechos importantisimos y de los grandes padecimientos por la buena causa, de aquel famoso religioso. Además que el P. Strauch, aunque catalan de origen y Fraile Francisco, no pertenecia á la Provincia Franciscana de Cataluña, sino á la de Mallorca. Si alguno de la de Cataluña fue premiado despues por sus insignes hechos militares, tampoco se opone á lo que llevo referido de la epoca que voy historiando.

CAPITULO XIII.

Como se portaron los Franciscos catalanes en los seis años siguientes; ó sus trabajos y ocupaciones desde el año catorce hasta el veinte.

Queda dicho como por la energia y firmeza que mostrò el Rey, á su regreso de Francia, volvieron á tomar su antiguo curso las cosas de España, desde el año catorce; pero que la Monarquia se hallaba sumamente debilitada por los innumerables y muy grandes trastornos que acababa de sufrir. Parecia á un enfermo que por una crisis repentina acaba de salir de los umbrales de la muerte, pero tan debil, tan desvirtuado, que se halla incapaz por el pronto, de egercer sus ordinarias y mas acostumbradas operaciones.

En un estado semejante se halló la España en el año catorce, aunque habian cesado ya aquellas terribles agitaciones en que la pusieron tantos enemigos, ya extrangeros, ya nacionales. Puede decirse que tansolamente no estaba muerta, lo que era ya un prodigio,

atendidos los golpes mortales que le habian dado. Pero se hallaba absolutamente sin fuerzas, y en una suma languidéz en todos sus ramos.

El egercito disminuido en extremo, y las tropas que quedaban, en gran parte corrompidas; la marina destruida, extinguido el comercio, la agricultura abandonada, la hacienda publica trastornada del todo, el erario exhausto y agotado, y ¡ojala hubiese parado con agotarse, y por la razon inversa no hubiese pasado innumerables grados mas allá del cero! asi la deuda publica alomenos no hubiera traspasado enormemente los limites, ni hubiera llegado al punto de la quiebra.

El erario es como el corazon del Estado, de donde sale el jugo que vigoriza à todo el cuerpo: infinitas sanguijuelas lo agotaron, y aun lo agujearon por mil partes con la deuda inmensa, paraque el jugo, que es el dinero, no circulase ya por el cuerpo de la nacion, sino que se derramase, por las roturas, afuera. Habia otro mal todavia peor que todos los referidos; y era la gran division de sentimientos, y por consiguiente un odio mor-

tal de unos españoles contra otros.

Tal era el estado de la España, cuando acababa la guerra de Napoleon, y abolidas por el decreto del Rey las novedades nacionales, volvieron las cosas á tomar su curso antiguo. Aunque con la brevedad posible, he querido referirlo, por la necesaria conexion que tiene todo con mi principal asunto; pues viendo la suma languidez á que habian llegado las cosas civiles, nadie extrañará que respectivamente participasen del mismo achaque las religiosas.

Los pobres Franciscos de Cataluña, habian bebido, como hemos visto del caliz de la amargura hasta las heces. Seis años de persecucion cruel, y de perdidas continuas sin poder reemplazarlas, les tenian puestos en una situacion la mas lastimosa. Se vieron pues en el año catorce (cuando por la llegada del Rey, calmó la tempestad, y por sus acertadas providencias, pudieron vivir en paz) se vieron, digo, en una absoluta imposibilidad de andar por el pronto, como antes, de obrar segun la antigua costumbre, y de representar el gran papel que siempre antes habian representado,

Desalhajados todos sus conventos, desmantelados por la mayor parte; algunos, y no pocos, totalmente arruinados, disminuido notablemente el numero de sus individuos, interrumpidos los estudios, necesariamente abandonada en muchos puntos la observancia regular, precisados á vivir fuera del claustro, algunos porque no lo tenian, y otros para ganarse el preciso sustento, que no se les suministraba ni se les podia suministrar: todo esto debia traer aquella debilidad y languidez moral que facilmente se deja entender.

¡A! necesitaban ciertamente de mucho teson para soldar tantas quiebras, y de un vigor extraordinario para reparar tan grandes ruinas y volver las cosas á su pristino estado. Pero en efecto ni uno ni otro les faltó.

Pronto se vieron aplicados con un empeño el mas vivo, en levantar lo caido, en reedificar y moblar de nuevo sus conventos, en aumentar el numero de los Frailes, abriendo para ello los noviciados, en renovar los estudios y en hacerlos reflorcer, en reponer las comunidades y en restablecer en ellas la regular disciplina; y todo esto sin aflojar na-

da del trabajo de su ministerio apostolico, que egercieron por aquel tiempo particularmente, con un celo infatigable. Y he aqui los trabajos y las ocupaciones de esos Frailes, en los seis ultimos años de la primera epoca de esta mi historia.

Cuando el Rey, luego de verse pacificamente en su trono, excitó el celo de los Obispos paraque se hiciesen misiones en todas las Provincias, á fin de conciliar los animos alterados y divididos, como queda dicho, desde luego se vió que el celo de esos Franciscos por el bien de las almas, de ningun modo se habia disminuido en los turbios y contratiempos pasados. Invitados por los señores Obispos á esta mies evangelica, salieron de casi todos los conventos que se hallaban corrientes, partidas de misioneros, los cuales con un espiritu verdaderamente apostolico, arrancaron mucha parte de la zizaña que el genio malo habia sembrado en los pueblos, y dejaron allí en su lugar la paz y la caridad de Jesucristo.

Salieron estas partidas de varones apostolicos, amás de el Seminario de Escornalbou

(cuyo particular oficio son las misiones), de el Convento de Reus, del de Mombanch, de algunos del Ampurdan, de los de Vich, y de otros; de modo que la voz de los Franciscos, pregonera de la verdadera felicidad, se oyó resonar à un mismo tiempo por todos los angulos de Cataluña, y en todos partes se cogió con abundancia el fruto de su apostolico celo.

Al mismo tiempo era cosa de ver los prodigiosos esfuerzos que hacian para levantar las ruinas de sus conventos, y para reparar sus inmensos descalabros. En esto fueron ciertamente admirables estos Frailes, atendida especialmente su pobreza.

Se limpiaba el Convento grande de Barcelona, de la increíble inmundicia en que lo dejaron las tropas del tirano; se recomponian los tejados, que se hallaron en muy mal estado; se enladrillaban de nuevo los grandes corredores, que á trechos estaban muy malparados; se levantaban los tabiques demolidos, y se reedificaban las celdas como eran antes; la grande pieza del refectorio, de la cual no habian quedado mas que las

paredes y el techo, se restituía de modo, que quedaba mas hermosa que antes; se recomponian las demás oficinas; se ponian en buen estado la Iglesia, el coro y la sacristia; se blanqueaba todo el Convento, y sin pasar mucho tiempo, quedaba enteramente corriente y se presentaba como nuevo. Todo se debió á la pasmosa actividad y suma diligencia de su Guardian, que lo era entonces el M. R. P. Fr. Jaime Subirana Lector Jubilado, ex-Definidor, y á quien por su merito condecoraron despues con el titulo de Padre de Provincia honorario.

Con la misma prontitud se soldaban las quiebras que habia padecido el Colegio de S. Buenaventura de la misma Ciudad. Se volvian á construir desde luego las celdas derribadas; se reponian en estado conveniente las aulas; se restauraba, como se podia por el pronto, la biblioteca; se recomponian y se moblaban las oficinas; todo en fin se reparaba y aun se hermosteaba, y quedaba tambien corriente el Colegio. En esto se esmeró mucho el R. P. Fr. Antonio Boxó Lector Jubilado, ex-Definidor y Regente de Estudios,

quien se hallaba entonces Presidente de la casa, por muerte de su Guardian, que lo era el R. P. Fr. Pedro Salvadó tambien Lector Jubilado y ex-Definidor.

Pero nada puede igualarse á la actividad y presteza con que se restauraba, ò mas bien, se edificaba enteramente de nuevo el Convento de Jesus *extra muros* de la misma Ciudad de Barcelona. Ya hemos visto como los enemigos lo demolieron igualandolo con el suelo. Nadie esperaba que volviese á levantarse. Y sin embargo tan pronto como pasó la tempestad, se vió erigir de nuevo, como por una especie de encanto, aunque en distinto suelo un poco distante de el primero.

A toda prisa se abrian unas grandes zanjias, se aseguraban los fundamentos, se levantaba la obra; Iglesia, claustro, pisos, celdas, oficinas, todo se erigia casi á un mismo tiempo. Se formaba otro Campo-Santo, se cercaba de gruesas y altas paredes, se trasladaban allá las venerables cenizas del antiguo. En fin casi de improviso se volvió à ver en pie y en toda forma el Convento de Jesus, pero mucho mas capaz y magnifi-

co de lo que era el primero.

Todos los Barceloneses se pasmaban de la obra, de la forma que se le daba, de la prontitud con que se hacia, de los grandes gastos que importaba; y lo que sin duda mas les pasmaba, era saber que todo corria à cargo y á diligencias de un Fraile Francisco. Esto era cierto, pero era aquel un Fraile de un corazon verdaderamente grande, de una actividad prodigiosa, y que puesto en el empeño, sabia vencer todas las dificultades, como efectivamente en este caso las venció grandes, y halló unos recursos que muchos otros juntos, no hubieran hallado. Era en fin el M. R. P. Fr. Narciso Lalána ex-Custodio, Guardian que habia sido del Convento antiguo, y Provincial de los Franciscos de Cataluña.

Tambien se trabajaba en edificar de nuevo el Convento de Figueras, en suelo distinto, algo mas distante del famoso Castillo. La empresa era grande. Se necesitaba mucha diligencia, mucho teson, y sobre todo muchos caudales, por razon de la grandeza de la obra que se tenia proyectada.

Pero por nada se arredraaba el genio emprendedor del R. P. Fr. Francisco Figueras Guardian de aquella casa y ex-Definidor de los P.P. Recoletos. Venciendo grandes dificultades empezaba su edificio, á costa de muchas fatigas lo continuaba, aunque con alguna interrupcion por los nuevos disturbios que sobrevinieron. Pero en fin, con su constancia, con su incontrastable firmeza, y con sus diligencias y recursos verdaderamente extraordinarios, pudo al cabo concluir la obra, que en efecto salió grande y magnífica.

El Convento de S. Salvio se levantaba tambien, y como que renacia de las cenizas del fatal incendio que padeciò. Se remontaban las paredes quemadas, se volvian á levantar los corredores hundidos, se construian de nuevo las celdas, se reparaba la Iglesia, se soldaban las roturas; y todas las oficinas y todo el Convento se moblaba de nuevo, de modo que la habitacion salió en poco tiempo, mucho mas comoda de lo que antes era.

Esta restauracion casi repentina y estas mejoras se debieron, no solo á las diligencias, sino tambien á la prevision y à una cierta

economía muy laudable, propia del Guardian de aquel Convento, que entonces lo era el R. P. Fr. Pedro Comellas Predicador, sujeto muy acomodado á las circunstancias y á las necesidades de aquel tiempo.

Con iguales pasos corria la restauracion del Convento de Momblanch, que en parte habia tambien sido pabulo de las llamas. Tuvo un Guardian generoso, diligente, magnanimo, naturalmente inclinado á lo bello; el cual no solamente reparaba las ruinas y levantaba lo caido, sino que cuanto se reedificaba por su cuenta, quedaba todo mas hermoso de lo que habia sido. Era el R. P. Fr. Mariano Texidó Predicador General, el cual con su buen modo, afabilidad y su mucha generosidad, se habia ganado muchos amigos.

En el Convento de Reus, su habil Guardian, siempre provido, siempre diligente, siempre magnanimo, el ya algunas veces nombrado P. Alberto Oms ex-Custodio, recomponia varias celdas que habian sufrido notables descalabros, levantaba tabiques arruinados, volvia à poner puertas y ventanas en donde faltaban, moblaba las oficinas, pro-

veía de ropa y de lo demás necesario á la Sacristía; á gran coste aseguraba el tejado y la gran pared maestra del lado de la huerta, que habia hecho algun movimiento apartandose un tanto del nivel, y á juicio de los peritos, corria algun peligro y amenazaba ruina.

En Villafranca el ingenioso P. Lector Fr. Antonio Gaig trabajaba infatigablemente remendando y mejorando aquel Convento del cual era Superior, cuyo edificio y todo lo demás habia tambien padecido quiebras considerables. Este sensato y virtuoso Fraile es ahora Lector Jubilado, y se halla actualmente de Guardian en Reus.

En el Convento de Bellpuig, se hacia venir el agua desde una notable distancia, por medio de un conducto subterraneo que se fabricaba à costa de gruesas sumas; y al mismo tiempo se hacian varios remiendos en las celdas y oficinas, y en lo demás de la casa, que se resentia mucho de los pasados descalabros. Todo era obra de su guardian, el amigo del trabajo, el emprendedor, el infatigable P. Jubilado Fr. Salvador Sors, ex-Definidor.

Su sucesor en la Guardiania, el P. Predicador General Fr. Ignacio Tomasino, dotado de un ingenio extraordinario para las cosas del dibujo y de arquitectura, hacia tambien varias obras proporcionadas à las necesidades del mismo Convento, y que conducian á su hermosura.

El P. Lector Fr. Francisco Momblanch Guardian del Colegio de Sto. Tomas de Vich, levantaba desde el suelo nuevas paredes maestras, fabricaba nuevas celdas, y daba á la habitacion de aquella celebre casa, un nuevo aspecto, una nueva hermosura, y nuevas y mejores conveniencias. Este laborioso Fraile, muy inclinado siempre en tener contentos á sus subditos siendo prelado, es ya Lector Jubilado, y se halla actualmente Definidor de la Provincia.

El celebre P. Manuel Cundaro, y el bondadoso y siempre muy aplicado P. Tomas Oms, rehacian à toda prisa lo que habian destruido los enemigos en el Convento de Gerona, cuyos menoscabos fueron muy considerables en tiempo del sitio, y despues habitandolo las tropas del tirano. El P. Cundaro

cuydaba primero de las obras y de los remiendos, en calidad de Presidente; y el P. Oms despues como Guardian. Ambos eran Lectores; que se jubilaron luego, y ambos fueron despues Definidores.

El Convento de Horta se reparaba tambien de sus grandes estragos, por las diligencias de su siempre solícito Guardian el P. Fr. José Rel, quien desde luego fue tambien elegido Definidor por la santa Releccion.

Para restaurar el Convento de Tortosa (el cual por haber sido hospital perpetuo, ya de los Españoles, ya de los Franceses, se hallaba en el estado mas deplorable) hacia prodigios el juicioso, y siempre muy grave en todas sus operaciones, P. Jubilado Fr. Felix Fustér, ex-Definidor de la Releccion, el cual fue despues Provincial, como luego diré.

Se trabajaba tambien en sacar de entre los escombros, y en levantar de sus inmensas ruinas el desgraciado Convento de Tarragona. Se iba poco à poco, y habia mucho que restaurar; pero con todo el trabajo y la diligencia nunca cesaban. El P. Lector Fr. Salvador Bruguera (ahora Jubilado y Custodio

dio de la Provincia) siendo Presidente, ponía corrientes algunas celdas y lo mas preciso para poder habitar alli algunos religiosos y cumplir con sus deberes viviendo en comunidad.

A solicitud del Guardian inmediato, se restituia al Convento la huerta (que se habia hecho un suelo publico) y se cercaba de pared. Tambien se cubria, la mitad de el edificio del lado meridional, que era lo mas destruido, se rehacia el corredor correspondiente de en medio, y abajo en el suelo quedaba corriente el Refectorio.

El Guardian sucesor de este, continuaba cubriendo, construia muchas celdas, reedificaba la cocina, aseguraba los tejados de la parte del claustro, ponía corrientes el coro y la nave de la Iglesia hasta el crucero, y hacia todavía otras obras. Era este el respectable P. Lector Fr. Pablo Aragón, ahora Jubilado, ex-Definidor y Guardian de Gerona. Todo lo dicho se hacia en la epoca de que voy hablando.

Al presente acaba de concluir aquella obra, y de ponerla en toda su perfeccion, el benemerito P. Lector Fr. Pedro-Juan Martí,

Catedrático de Escritura del Colegio Tridentino de Tarragona, y Guardian de aquel Convento.

Finalmente en otros Conventos, y á diligencias de varios otros Guardianes, y aun de Frailes particulares, se iban reparando á toda prisa los edificios, y se volvian á moblar. ¡Ojala me fuese dable expresar aqui todo lo que en este ramo hicieron todos! Sé que me faltan algunas noticias tocantes á algunos Conventos y á religiosos muy benemeritos. Sin embargo juzgo que lo referido será lo mas notable en esta materia.

Pero no se contentaban esos Frailes con restaurar tansolamente lo material de sus casas. Hacian al mismo tiempo los mayores esfuerzos para reponer las Comunidades en su antigua forma. Desde luego se tomaban providencias eficaces paraque los religiosos dispersados por la pasada tempestad, se restituyesen á sus antiguas moradas; y si algunas no se hallaban todavía corrientes, paraque se agregasen á otras.

Se procuraba especialmente, que en los Conventos mayores, y en donde las ocupaciones religiosas debian ser mas continuas,

hubiese un competente numero de individuos aptos para llevar las cargas comunes. Pero se experimentó desde luego el gran desfalco que habia sufrido y en que se hallaba la Provincia, por los muchos que habian perecido en seis años de persecucion la mas cruel y de continuas calamidades; à los cuales por otra parte no se habia podido dar sucesores, porque lo impedian absolutamente las calamidades mismas.

Luego pues de restablecida la tranquilidad, uno de los mayores cuydados de los superiores à quienes tocaba, fue ocurrir á esta gran falta, concediendo el habito y admitiendo a la profesion el mayor numero de candidatos, que fuese posible. A este efecto, el M. R. P. Antonio Alabáu, Provincial entonces, abria desde luego los Noviciados de Barcelona, de Tortosa y de Reus, en los cuales, á no tardar, se veia un suficiente numero de jovenes, que se practicaban en las reglas del instituto que deseaban abrazar.

Aun, conforme á las necesidades de aquel tiempo, se señalaban otros Conventos para que sirviesen tambien de Noviciado, alomenos con

respecto à algunos condidatos; como fueron, por ejemplo, los Conventos de Balaguer, y del Remedio de Vich. Asi se iba aumentando el numero de los Frailes, y con la prontitud posible se iban llenando los vacíos que habian dejado los muertos, que hasta entonces de ningun modo habia sido posible reemplazar.

Los Estudios (que por una absoluta necesidad hubieron de interrumpirse, entre tantos y tan grandes disturbios, y por el continuo clamor de guerra) se volvian tambien muy desde luego á poner en pie. Esto era mas facil, por cuanto en atencion à aquellas terribles circunstancias, habian aun quedado un suficiente numero de jovenes estudiantes, y los lectores necesarios, los cuales, aunque dispersos por razon de la tormenta, se congregaban en breve, y cada uno volvía á ocupar su lugar.

En muy poco tiempo se ponian en un estado corriente las aulas de los Colegios de Barcelona y de Vich; se restablecia el Estudio de Teologia en Gerona y en Tarragona, el de Moral en S. Francisco de Barcelona y en Reus, y el de Filosofia se colocaba en

aquellos Conventos que parecían por entonces los mas proporcionados.

Todo esto se hacia con una prontitud increíble; pues es cosa cierta, que apenas los enemigos habian salido de Cataluña y traspasado los Pirineos, cuando los Estudios de los Franciscos se hallaban ya por la mayor parte en una forma regular.

En el año quince, celebraba ya la Provincia su Capitulo, cuya celebracion se habia tambien interrumpido por causa de la guerra. Se elegia en Ministro Provincial al M. R. P. Narciso Lalána de quien se ha hablado ya; se nombraban Prelados locales para todos los Conventos, se proveía à todas las Catedras, de Lectores habiles, se asignaban los Predicadores Conventuales para todas las casas, y quedaban en fin, provistos todos los officios del mismo modo, con el mismo orden y con la misma formalidad que en lo antiguo.

No faltaban en este Capitulo, aunque tan inmediato á la tempestad asoladora, las funciones literarias acostumbradas, esto es, las Conclusiones generales, las cuales se defendieron con grande lucimiento por los dos re-

ligiosos actuantes, sin embargo de los continuos trastornos y de la confusion suma de los tiempos que acababan de pasar.

Se tomaban tambien varias providencias para asegurar la observancia regular. Y como por la mucha diligencia del P. Provincial Lalána creciese el numero de los Novicios, se iba aumentando mas por consiguiente el numero de los Frailes. Con esto se reparaban muy visiblemente los pasados desfalcos, y las cosas todas iban de tal modo, que á toda prisa corrian á reponerse en su pristino estado.

Cuando el año diez y ocho se volvia á celebrar Capitulo, en que salia Provincial el M. R. P. Felix Fuster, poco ha mencionado, ya la Provincia se hallaba muy corriente. En el Convento grande de Barcelona habia ya mas de cien Frailes. En Gerona, en Reus, en Tortosa, habia tambien un numero bastante-mente crecido; y todos los demas Conventos se hallaban en tal disposicion, que podian cumplir muy bien con todos sus actos de comunidad, y juntamente egercer su sagrado ministerio en beneficio de los pueblos.

En todos los Conventos se abrian escue-

las de niños. En los Colegios y demás casas de estudios mayores, se admitia tambien á los cursantes seglares. Se confesaba, se predicaba, se asistia á los enfermos, se ayudaba à los Parracos, como se hacia antes de la guerra. El M. R. P. Fuster halló la Provincia en este estado en el año diez y ocho; estado que él, con su buen modo, procuraba mantener, y aun perfeccionar en lo posible.

Asi pues vió con no poca admiracion todo el mundo, que las cosas de los Franciscos de Cataluña, tanto por lo perteneciente al material de sus Conventos, como al formal de sus Comunidades, en solos seis años se ponian en un estado muy corriente, y se reparaban, asi de los grandes descalabros, como de los muchos menoscabos que habian sufrido durante la terrible guerra del archirano Nopoleon. Y estos eran los trabajos y ocupaciones de los dichos Frailes, desde el año catorce hasta el veinte que es el ultimo de la primera epoca, y el primero de la segunda de esta mi historia; conque debo concluir aqui la primera parte, dejando lo demás para la segunda.

CONCLUSION

De la primera parte de la historia de los Franciscos catalanes, que es como una recapitulacion de lo dicho hasta aqui.

He recorrido los doce primeros años de los veinte que debe comprender esta mi Crónica, segun lo prometido al principio. Empecé por los sucesos del año ocho, cuando los Franciscos catalanes se declararon abiertamente contra los proyectos inicuos de Napoleon Bonaparte en orden á la España; y concluyo por los del año veinte, cuando estos Frailes, à fuerza de diligencias y de mucho trabajo, se habian reparado ya, por la mayor parte, de las inmensas perdidas que sufrieron en la guerra sostenida contra el mayor tirano que se hubiese visto jamás.

Estos son los doce años que, segun lo prometido tambien, debia comprender la primera parte de mi historia. Helos pues aqui historiados relativamente al asunto, y conforme al plan que me propuse.

Si en este periodo de tiempo no se descubren sucesos los mas extraordinarios, hechos superiormente heroicos, padecimientos terribles, en sumo grado amargos, pero por otra parte muy gloriosos; si no se ven, en fin, casos y cosas que excitan á la admiracion y al pasmo, no se yo para cuando tendrán lugar estos movimientos del corazon.

Se ve á unos pobres Frailes que animados de un celo santo por defender à su divina Religion, á su Patria, y los derechos de su Rey, no temen excitar contra si mismos todo el odio y el furor del tirano mas cruel. Se les ve comunicar este su mismo celo á los pueblos, y à costa de grandes fatigas y arrojando los mayores peligros, mantenerlo como un fuego sagrado, en las circunstancias mas dificiles. Se les ve siempre animosos arengando á las gentes, ya desde los pulpitos, ya en las plazas publicas, ya en las casas particulares, y á veces tambien en campo raso.

En las Juntas de gobierno, en medio de los egercitos, al frente de los enemigos, en las plazas sitiadas, se les ve manifestar siempre el mismo entusiasmo. Si ceden otros del

santo empeño y se pasan al enemigo, ellos no saben ceder; antes se les ve hacer los mayores esfuerzos para reanimar á los cobardes é impedir las deserciones. Todo lo sacrifican, à la vista de todos, por continuar la defensa de la causa santa. Se les ve abandonar alegremente la propia salud y aun la vida, para servir à sus compañeros de aquella guerra santa, en los hospitales apestados.

Se ven proscritos, en particular, por los satelites del gran tirano; pero no por eso se les ve amedrentados. Se pone talla à sus cabezas; pero nada de esto les obliga á ceder un punto de su empeño. Ven los pobres saquear sus Conventos, arder algunos en llamas, hechos otros un monton de escombros, y algunos enteramente asolados; y nada, nada se ve que les conmueva, ni que les haga desviar un tilde de su concebido santo proposito.

En la toma de las plazas, no se les mantiene la palabra dada, se les engaña, se les rompen los solemnes tratados de las capitulaciones: En los asaltos de las Ciudades, nunca se les da cuartel, ni á ellos, ni à sus Monjas, ni á sus domesticos seculares, ni aun á

sus huespedes, á todos se les deguella, y no como quiera, sino que antes y despues de muertos se egerce en ellos una fiereza singular: el sagrado derecho de gentes, los mas naturales sentimientos de compasion y toda humanidad, todo, todo cesa con respecto á ellos: y se ven tratados como si fuesen de una condicion inferior à las bestias. Sin embargo entre tan espantosos horrores, en que se miran los pobres, se les ve perseverar constantes en su proposito, hasta el ultimo aliento.

Los que restan, y han podido escapar sin experimentar las atrocidades de tan cruel y singular tirania, se ven andar por los montes, muchas veces errantes, sin abrigo, medio desnudos, estropeados, debilitados del cansancio, de las fatigas, del hambre, de la sed, sin atinar por el pronto donde irán á parar por remediar su necesidad extrema. Con todo eso, nadie les ve acobardados; y muy al contrario, se les mira siempre animosos exhortando á los paisanos, y tambien á los soldados, á que se repleguen para resistir al enemigo, de un modo ó de otro, hasta que se hallen en disposicion de poder acometerle, y recuperar lo perdido.

Se ven, en fin, animados siempre de un mismo celo, reprender á los trasfugas, alentar á los debiles, y confirmar en la constancia, á los fuertes y valerosos. Para todo esto se valen de la palabra, que hacen resonar continuamente desde los pulpitos, en las juntas de los pueblos, y en las conversaciones privadas; se sirven del ejemplo que dan á todos, haciendo por delante lo que quieren persuadir que hagan los otros; y finalmente se valen de varios escritos que, sin embargo de su pobreza, cuidan ellos mismos de publicar.

Con el mismo teson, con la misma constancia, y con los mismos medios con que resisten al tirano extranjero, se les ve oponerse tambien à los enemigos domesticos, esto es, á los falsos reformadores nacionales; los cuales, iniciados en los abominables principios de la Filosofia del tiempo, á nada menos aspiraban que á trastornar el Gobierno, las leyes, las costumbres, y hasta la antigua Religion de los Españoles.

A todos pues resisten, à todos se oponen, contra todos combaten y pelean, digamoslo

asi, sin embargo de haber perdido casi todo lo que poseian, ni tener ya Conventos en donde habitar, ni alimentos con que subsistir, y no habiendoles quedado apenas mas que sus cuerpos desnudos, y las lenguas expeditas para hablar, y prontas las manos para obrar. Asi se les ve desde el año ocho hasta el catorce, mientras duraba la cruel guerra de Bonaparte y los disturbios nacionales suscitados por la falsa Filosofia.

Desde el catorce hasta el veinte, disipada ya la tempestad, y habiendo vuelto la bonanza, se les ve del mismo modo, animosos, intrepidos, infatigables en el restablecimiento de sus cosas, en reparar las grandes ruinas de sus Conventos, en moblarlos de nuevo, y en reponer sus Comunidades segun la forma y orden antiguos.

Se les ve desinteresados, generosos y magnanimos; que nada solicitan para sí mismos; que pudiendolo hacer con alguna ventaja, ni aun exponen sus grandes meritos; que tampoco exponen los enormes daños padecidos por la buena causa; que para repararlos, nada piden al Rey ni à su Gobierno, siendo asi que po-

dián con sobrada razon, alomenos en no poca parte: y que finalmente se restablecen sacando todos los recursos de sí mismos y de sus fatigas y diligencias.

Tales se representan los Frailes Franciscos de Cataluña en la primera epoca de esta su historia, que abraza los doce años que corrieron desde el octavo hasta el vigesimo del presente siglo decimonono. Yo deajo ahora, como antes decia, á la discrecion de mis lectores, el juzgar si los sucesos que van referidos, son de los mas interesantes, si muchos de los hechos son en grado superior heroicos, y si los padecimientos son verdaderamente extraordinarios.

Juzguen mis prudentes lectores, si tan grande teson en el obrar, y tanta constancia en el padecer, prueban un muy particular amor á la Religion, á la Patria y al Rey, por cuya causa todo se hacia y todo se padecia. Juzguen si es muy del caso, que estos egemplos se trasladen á la posteridad de todos los siglos. Y juzguen finalmente si los Franciscos catalanes que los dieron, son dignos de eterna memoria.

Sin duda que el merito particular de algunos de estos Frailes, y aun tal vez tambien de alguno de sus Conventos, se me habrá pasado por alto, ni tendrá su debido lugar en esta historia. En todo caso yo lo siento, pero no puedo remediarlo. Es increíble la confusion que se halla sobre algunas noticias de unos tiempos tan recientes. La muerte de varios, y las desgracias sucedidas á otros, son la causa de que no se puedan facilmente aclarar. Yo nada deixo de referir de lo que se me ha comunicado con datos ciertos. De esto, de lo que yo soy testigo y vi con mis propios ojos, y de lo que publicaba la fama reciente al tiempo de suceder las cosas, se compone toda esta parte de mi historia. De lo que no sé, ni se me ha comunicado con los sobredichos datos, no puedo escribir.

Tal vez hay tambien alguno de mis hermanos, que se ha abstenido de comunicarme las noticias seguras que tiene de algunos sucesos notables de aquel tiempo, por razon de que no quiere que su nombre suene en ciertos hechos y padecimientos, aunque por otra

parte muy gloriosos. Siendo esto así, yo le doy el parabien de su determinacion, à lo menos por la causal; y no puedo dejar de alabarle, porque con esto confirma él lo que yo en varias partes de mi historia, aseguro de la magnanimidad de esos Franciscos catalanes, y de su grandeza de alma; aunque tengo, por otra parte, como cosa cierta, que estas bellas virtudes nunca deben egercerse por los particulares con demasiado melindre, en daño y menoscabo de las verdaderas glorias del comun.

Con esto, contentate con lo que por ahora te presento en la primera parte de la historia de tan generosos Frailes, mi amado lector; y espera otras cosas, ni menos grandes ni menos admirables, ¿que digo? me atrevo asegurarte, que por ciertos respectos, te pareceràn mayores y mucho mas dignas de admiracion todavia, las que de los Frailes mismos tendré que referirte en la segunda parte, que inmediatamente me pongo á escribir.

FIN

De la primera parte de la historia de los Franciscos de Cataluña.

TABLA

*De lo contenido en la primera parte de esta
Historia de los Franciscos de Cataluña.*

CUADERNO I.

PROLOGO	Pag. I.
CAPITULO I. <i>Lo que movió principalmente á los Franciscos de Cataluña, á declararse abiertamente contra las miras de los Fran- ceses enviados por Napoleon Bonaparte, para apoderarse de la España.</i>	I
CAPITULO II. <i>Levantamiento de Cataluña con- tra Bonaparte y sus egercitos de España. El influjo de los Frailes Franciscos en aquella accion gloriosa.</i>	II
CAPITULO III. <i>Continua el celo de los Fran- ciscos de Cataluña, en favor de la buena causa. Su aplicacion incesante en mante- ner el entusiasmo catalan contra Napoleon y sus egercitos.</i>	24
CAPITULO IV. <i>La parte que tuvieron los Fran- ciscos de Cataluña, en la guerra contra Napoleon, tomando las armas, y hacien- dola ellos en persona.</i>	38
CAPITULO V. <i>El grande y heroico celo de los Franciscos catalanes, en el servicio de los hospitales militares, en la guerra de Na-</i>	

<i>poleon</i>	56
CAPITULO VI. <i>La constante aversion que tuvieron los Franciscos de Cataluña, al gobierno intruso de Bonaparte</i>	69

CUADERNO II.

CAPITULO VII. <i>De como se portaron los Franciscos de Cataluña, en orden al juramento de Fidelidad, exigido por el Gobierno intruso.</i>	3
CAPITULO VIII. <i>La gran confianza que en Cataluña se hacia del celo de los Franciscos, en la guerra contra Napoleon. Varios testimonios de lo mismo, dados por sujetos nada apasionados ni sospechosos.</i>	20
CAPITULO IX. <i>Lo mucho que padecieron los Frailes Franciscos de Cataluña, en la guerra de Bonaparte.</i>	37
ARTICULO I. <i>Lo que en la guerra de Napoleon padecieron los Conventos de los Franciscos de Barcelona</i>	49
ARTICULO II. <i>Lo que padeció el Convento de Gerona en la misma guerra.</i>	59
ARTICULO III. <i>Lo que padeció el Convento de N. Señora de los Angeles de Horta.</i>	69
ARTICULO IV. <i>Padecimientos del Convento de Lerida.</i>	78

CUADERNO III.

ARTICULO V. <i>Lo que tuvo que sufrir el Seminario de Escornalbou, en esta misma epoca</i>	3
ARTICULO VI. <i>Lo que padeció en ta misma epoca el Convento de los Franciscos de Reus.</i>	17
ARTICULO VII. <i>Los grandes padecimientos de los Franciscos y de su Convento de Tarragona por este mismo tiempo</i>	31
ARTICULO VIII. <i>Se trata de lo que padecieron otros Conventos pertenecientes á los Franciscos de Cataluña, en aquel mismo tiempo.</i>	54
ARTICULO ULTIMO. <i>Resumen de lo que padecieron los Franciscos de Cataluña en la guerra de Napoléon</i>	74
CAPITULO X. <i>Se trata del modo con que se portaron los Franciscos de Cataluña en orden á los proyectos y providencias de las primeras Cortes de Cadiz</i>	84

CUADERNO IV.

CAPITULO XI. <i>El gran celo con que los Franciscos catalanes se opusieron á las maximas filosoficas, que cundieron en España, en la epoca de que tratamos</i>	1
CAPITULO XII. <i>Modo notable y generoso con que se portaron los mismos Frailes, con-</i>	

cluida la guerra de Napoleon, vuelto el Rey á su trono, y amortiguada la liga filosofica. 26

CAPITULO XIII. *Como se portaron los Franciscos catalanes en los seis años siguientes; ó sus trabajos y ocupaciones desde el año catorce hasta el veinte.* 47

CONCLUSION *de la primera parte de la historia de los Franciscos catalanes, que es como una recapitulacion de lo dicho hasta aqui.* 68

ERRATAS.

CUADERNO I.

Pag.	Lin.	Dice	Lee
4	23	<i>quot</i>	<i>quod</i> .
62	24	<i>ojo</i>	<i>ojos</i> .

CUADERNO II.

18	23	entre mil ducientos	entre ducientos
21	6	tiempos	tiempo.
22	13	señaban	señalaban.
74	15	farina	ferina

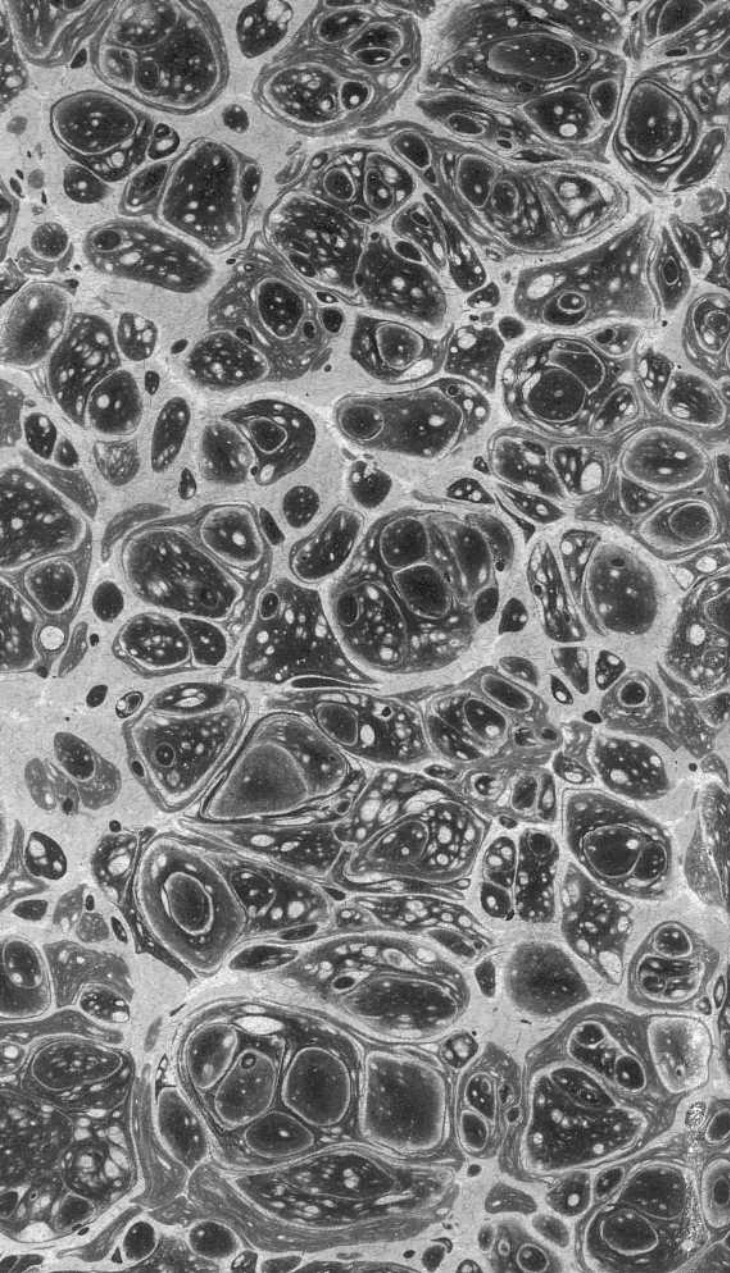
CUADERNO III.

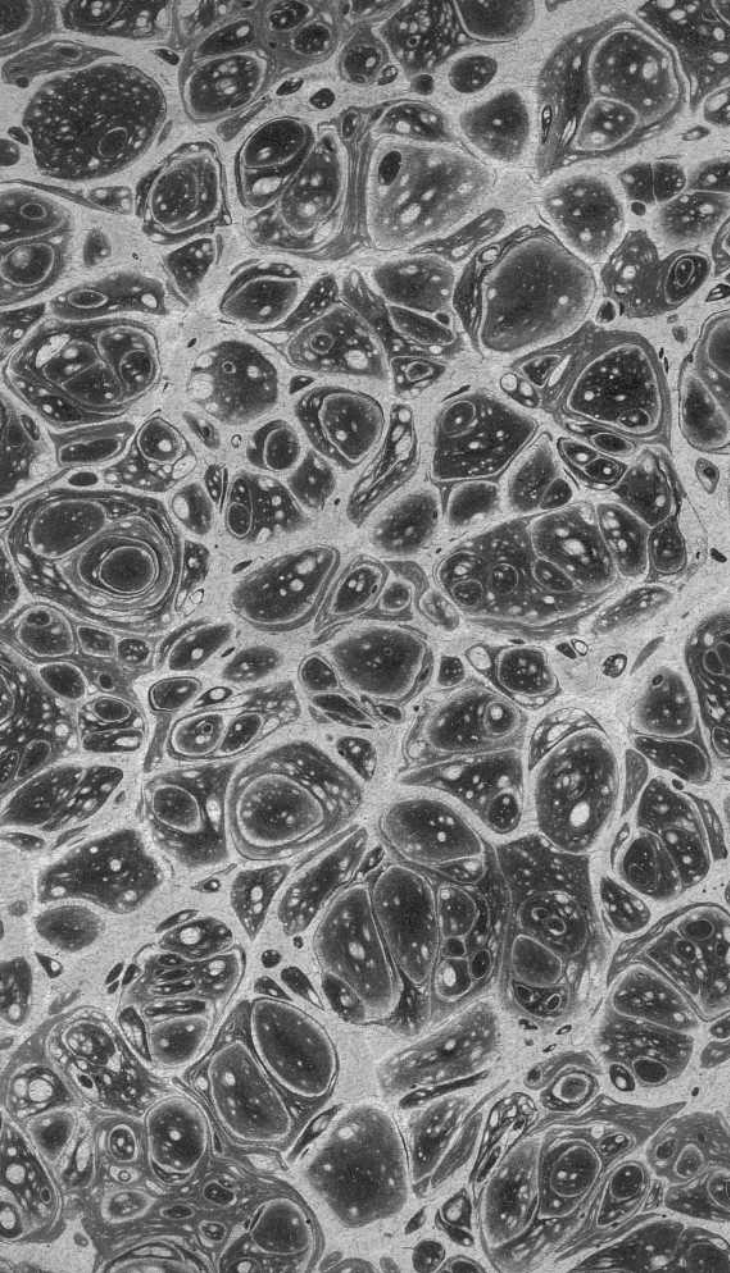
74	18	herrores	horrores
79	10	frecuentas	frecuentes.

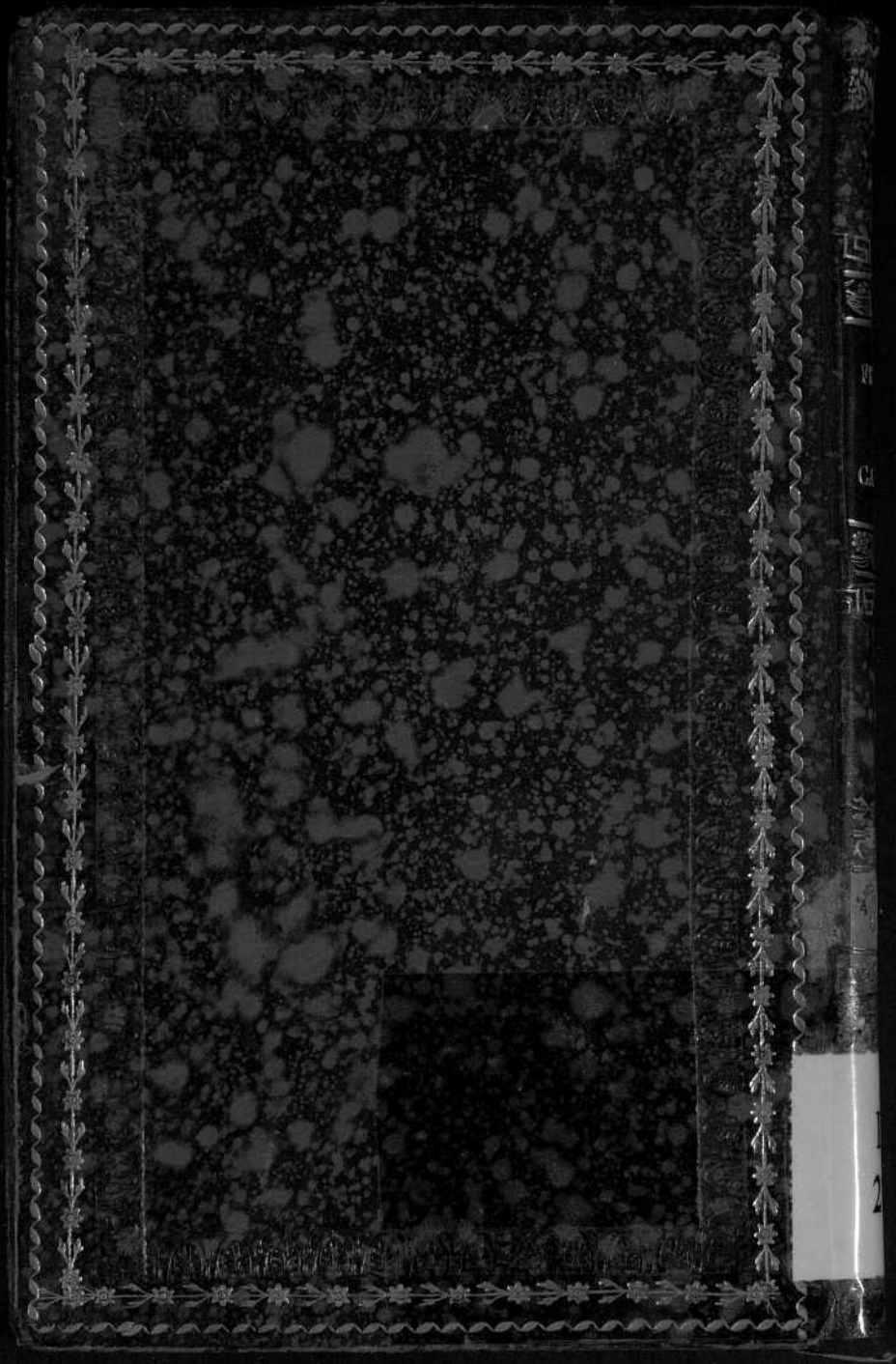
CUADERNO IV.

68	10	inicicuos.	inicuos.
----	----	--------------------	----------









2

FRANCISCO
DE
CATALUÑA

D-1

2143